

# SEGUNDO CONCURSO CUENTACUENTOS





---

Segundo concurso  
**CUENTACUENTOS**

---



*Segundo concurso Cuentacuentos*  
Universidad Nacional Autónoma de México  
Facultad de Ingeniería  
2013, 80 págs.

---

*SEGUNDO CONCURSO CUENTACUENTOS*

Prohibida la reproducción o transmisión total o parcial  
por cualquier medio sin la autorización escrita del titular  
de los derechos patrimoniales.

Primera edición, 2013

D.R. © 2013, Universidad Nacional Autónoma de México  
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán, C.P. 04510, México, D.F.

Facultad de Ingeniería  
Avenida Universidad 3000 Ciudad Universitaria,  
Delegación Coyoacán, C.P. 04510, México, D.F.

<http://www.ingenieria.unam.mx/>

Cuidado de la edición:  
María Cuairán Ruidíaz, Unidad de Apoyo Editorial  
Formación editorial e ilustraciones:  
Nismet Díaz Ferro, UDAE.

# CONTENIDO

---

Presentación	1
Prólogo	3
Agua, sol y peso	9
Barba y bigote	15
En el pueblo de losalebrijes tristes	23
Carta a mi hermano que se muda al DF	31
Convolución de sueños	35
Crónicas de una mente aislada	43
El presente	51
El violinista	57
Inocencia corrupta	61
Soledad	69
Participantes del concurso	75

# PRESENTACIÓN

---

*Pablo Medina Mora E.*

Secretario de Apoyo a la Docencia, Facultad de Ingeniería, UNAM

Por segundo año consecutivo, con el interés por las letras, la dedicación a las grandes empresas y la inclinación al talento de nuestros estudiantes, se realizó el *Concurso Cuentacuentos* de la Facultad de Ingeniería.

En esta edición, los concursantes fueron 125 estudiantes, de semestres iniciales, intermedios y terminales, de las doce carreras que se estudian en la Facultad de Ingeniería, por igual, amantes de la literatura.

El *jurado*, de gala, se integró por cuatro profesores de la propia Facultad de Ingeniería: la Mtra. María Cuairán Ruidíaz y los ingenieros Pablo García y Colomé, Gonzalo López de Haro y Margarita Puebla Cadena.

Luego de la «fácil tarea» de leer los cuentos, el jurado procedió a la «tarea difícil» de elegir los diez finalistas, lo que hizo con gusto, juicio y cordialidad, y así surgieron los diez cuentos finalistas, los que forman el presente volumen.

El viernes 9 de noviembre de 2012, en una ceremonia presidida por el escritor e ingeniero Hernán Lara Zavala y el Director de la Facultad de Ingeniería, Gonzalo Guerrero Zepeda, se festejó y brindó reconocimiento a todos los concursantes.

Ahí se dio lectura a los cuentos que ocuparon los primeros tres lugares: Barba y bigote de Manuel Iván Salmerón Becerra, En el pueblo de los alebrijes tristes de Alan Hernández López y Agua sol y peso de Iván Eduardo García Reyes.

Se reafirma el *Concurso Cuentacuentos* como una formidable experiencia, en espiral ascendente, que usted continuará, con toda seguridad, al leer esta iluminada publicación.

Y como se escribió en *Notificando*\* «...mientras haya letras e historias que contar —si se ve bien nunca hay temporada de letras flacas, y eso es una suerte— se seguirá organizando el Concurso Cuentacuentos de la Facultad de Ingeniería.»

---

\*Publicación electrónica de la Coordinación de Comunicación de la Facultad de Ingeniería UNAM (9/11/2012).

## PRÓLOGO

---

*Gonzalo López de Haro*

Secretario General, Facultad de Ingeniería

Esta publicación reúne los diez textos finalistas de la segunda edición del certamen *Cuentacuentos*, organizado por la Facultad de Ingeniería de la UNAM.

Los que hemos tenido el honor de participar en el jurado del concurso en sus dos primeras ediciones hemos vuelto a constatar, en esta ocasión, la enorme responsabilidad que implica juzgar sobre la calidad de textos tan proteicos y camaleónicos como los cuentos. Textos que, en nuestra opinión, tienen más que ver con la ilusión que con la realidad, con la sugerencia más que con el testimonio, con el espíritu más que con la idea y con lo que se omite más que con lo que se dice. Igualmente, hemos reafirmado nuestra apreciación inicial en el sentido de que, en torno a este resbaladizo género del cuento, el juicio objetivo no existe y que las decisiones del jurado siguen obedeciendo más —y qué bueno que así sea— a un agradable consenso de subjetividades. Pudimos refrendar también en esta edición del certamen la riqueza en la variedad de los textos concursantes: riqueza

en temáticas, en formas, en preocupaciones, en intenciones y en recursos expresivos. Todo ello como reflejo de la diversidad de una comunidad estudiantil fresca, viva y sensible.

Todos los cuentos participantes y los que el jurado seleccionó como finalistas son muestra fiel de esta diversidad. Unos son de base realista, otros incursionan en el mundo de la fantasía. El entorno temporal de algunos tiene que ver con el anhelo de recuperación de un pasado feliz; el de otros con la visión de un futuro generalmente incierto; el de la mayor parte, con un preocupante presente. Hay textos en los que priva el idealismo y hay otros en los que el denominador común es la desesperanza. Los hay referidos al medio provinciano y otros cuyo entorno es esta inacabable ciudad en la que vivimos. El ambiente de algunos de los textos es el de nuestra propia y querida Universidad. Hay cuentos de enorme crudeza y otros plenos de humor y desenfado. En fin, textos de todos los colores y sabores, como puede apreciarse en los breves comentarios que se consignan enseguida, a modo de una primera vía de aproximación a la placentera lectura de los cuentos aquí reunidos.

«**El violinista**». El idealismo como herramienta de vida. Un relato optimista en una muestra de cómo la voluntad humana puede contender ante la hostilidad del mundo.

«**Inocencia corrupta**». Crudo relato en el que coexisten y contrastan los recuerdos de una niña con una infancia feliz, ya irremisiblemente perdida, con el presente de una mujer sin esperanza sometida por la maldad de la naturaleza humana.

«**Carta a mi hermano que se muda al D.F.**» Texto construido alrededor de sentimientos contrapuestos entre el arraigo y el desarraigo.

«**El presente**». Nostálgico relato acerca de la pérdida de un familiar muy querido, alrededor de la dicotomía ausencia-presencia.

«**Convulsión de sueños**». Rigor de la matemática laplaciana en la explicación de los fenómenos físicos, audazmente combinado con el dilema filosófico acerca de la existencia de Dios.

«**Crónicas de una mente aislada**». Relato en forma de diario sobre una enferma relación madre-hijo.

«**Soledad**». Visión de un mundo futuro desolado y hostil pero en el que se abre una mínima rendija de esperanza

«**Barba y bigote**» (3er. Lugar). Visión interior de un frustrado e imposible amor infantil. ¿Y por qué imposible?... Nada más por la carencia en el protagonista de barba y bigote. El texto se enfoca en el ansiado tránsito de un Miguelito lampiño hacia un Miguel «con toda la barba». Aunque la intención amorosa inicial resulta frustrada, siempre habrá una niña con la que Miguelito pueda compartir un sándwich de jamón durante el recreo.

«**En el pueblo de los alebrijes tristes**» (2º lugar). Cuento en el que la realidad y la fantasía son vasos comunicantes de una historia muy bien

ambientada que revive mitos y tradiciones culturales de nuestro país, en una colorida y barroca atmósfera plena de alucinante magia.

«**Agua, sol y peso**» (*1er. lugar*). Un relato muy local, fresco y desenfadado. Tan local que, de hecho, su entorno es esta Facultad y su héroe protagonista —o, más bien, su desventurado antihéroe— es un estudiante de ingeniería. Un alumno agobiado y cansado de sus responsabilidades estudiantiles y que, burlándose de sí mismo, mira con humor, pero también con preocupación, un futuro profesional incierto. La cuestión de fondo es ¿cómo poder garantizar la estabilidad física de una estructura ingenieril cuando no se es capaz, a causa del sueño y del cansancio, de mantener en clase la firmeza del propio cuello ni la apertura de los propios párpados?

Queda el lector con las joyas de esta deliciosa muestra del talento y la sensibilidad de nuestros estudiantes.



PRIMER LUGAR

## AGUA, SOL Y PESO

---

*Iván Eduardo García Reyes*

«PUMAX»

I

Ha sido tal mi desesperación que me encontré escribiendo, esperando en que las manecillas del reloj que no traigo conmigo avancen hasta marcar las cuatro en punto. Llegué al Laboratorio de Hidráulica para conocer el resultado de mi examen final, la maestra no se encontraba en su cubículo; probablemente habrá salido a comer, por lo que anclé mi mochila al suelo para esperarla. Arribé a la una en punto, así lo indicaba el reloj electrónico que se encuentra en la Facultad. Para no aburrirme mientras esperaba la presencia de mi maestra, me decidí por leer un libro de Paco Ignacio Taibo II que guardaba en mi bolsa de sueños. «Pancho Villa una biografía narrativa» me atrapó por unos minutos; me imaginé robando vacas y sobreviviendo en los cerros al lado de Doroteo Arango. Me encontraba ya en otro mundo, pero una trabajadora de intendencia me hizo volver en mí, reclamando no



poder encerrar los pisos debido al obstáculo que representaba mi cuerpo en aquellos momentos. Me alcé, sacudí mis nalgas y partí hacia otro lugar donde poder retomar la lectura.

El sol, inmensa bola de fuego que no dejaba espacio alguno para ejercer una lectura agradable, me obligó a desistir de mi intento por seguir leyendo. Opté entonces por caminar por una Ciudad Universitaria casi vacía, resguardándome en los hilos de sombra que desplegaban los árboles. ¡Cuánto deseaba portar un sombrero como el de Pancho Villa en estos momentos; y un caballo también. ¿Por qué no? En vez de prestar bicicletas a los estudiantes, podrían otorgarnos temporalmente caballos para dar paseos por «las islas». Ahora que «las islas» se encontraban vacías, se antoja andar a caballo por aquí.

Sin caballo y sin sombrero seguí deambulando, primero por «las islas», luego por la Facultad de Arquitectura, donde me hice de una pluma negra (que pinta muy bien por cierto), junto con la cual retorné a mi amada Facultad con el anhelo de encontrar a mi maestra, conocer mi calificación y darle las gracias (sin importar el resultado de la misma), caminar rumbo al metro (sin sombrero) con un sol abrasador, retomar la lectura por dos horas (las mismas que tardo en regresar a mi hogar) y por último recostarme en la cama. Por desgracia (o por fortuna, depende del cristal con que se mire o la pluma con que se escriba) no tuve tal suerte, la ventana del cubículo se encontraba abierta, pero la puerta no. Me senté en el piso encerrado, saqué la pluma recién comprada y la gaceta que obtuve en la biblioteca minutos antes de la una de la tarde, y me dispuse a escribir sobre los espacios en blanco de una convocatoria.

Ya son las cuatro y media de la tarde, aún hay sol, no tengo sombrero ni caballo e ignoro la calificación de mi materia de Hidráulica. Aunque ahora poseo un engendro nuevo para publicar.

## II

Decepcionado por no botener los resultados que esperaba en el semestre anterior, buscaba formas de evitar que ocurriera lo mismo en el próximo semestre. Armé un calendario, busqué la bibliografía de mis nuevas materias, regalé mi televisor y quemé mis revistas de videojuegos. ¡Estaba decidido a convertirme en ingeniero!

—¡Sí se puede!— me susurró una voz.

—¡Venga! ¡Vamos! ¡Tú puedes! ¡Eres bien chingón!— insistía mi Pepe Grillo.

## III

—Cuídate de los arquitectos— decía mi profesor de análisis estructural, mientras resolvía un marco con dos niveles y totalmente empotrado.

—¿Por qué?— preguntaba mi compañero de mesa, con la intención de desviar la atención del maestro por la resolución del problema más que por curiosidad.

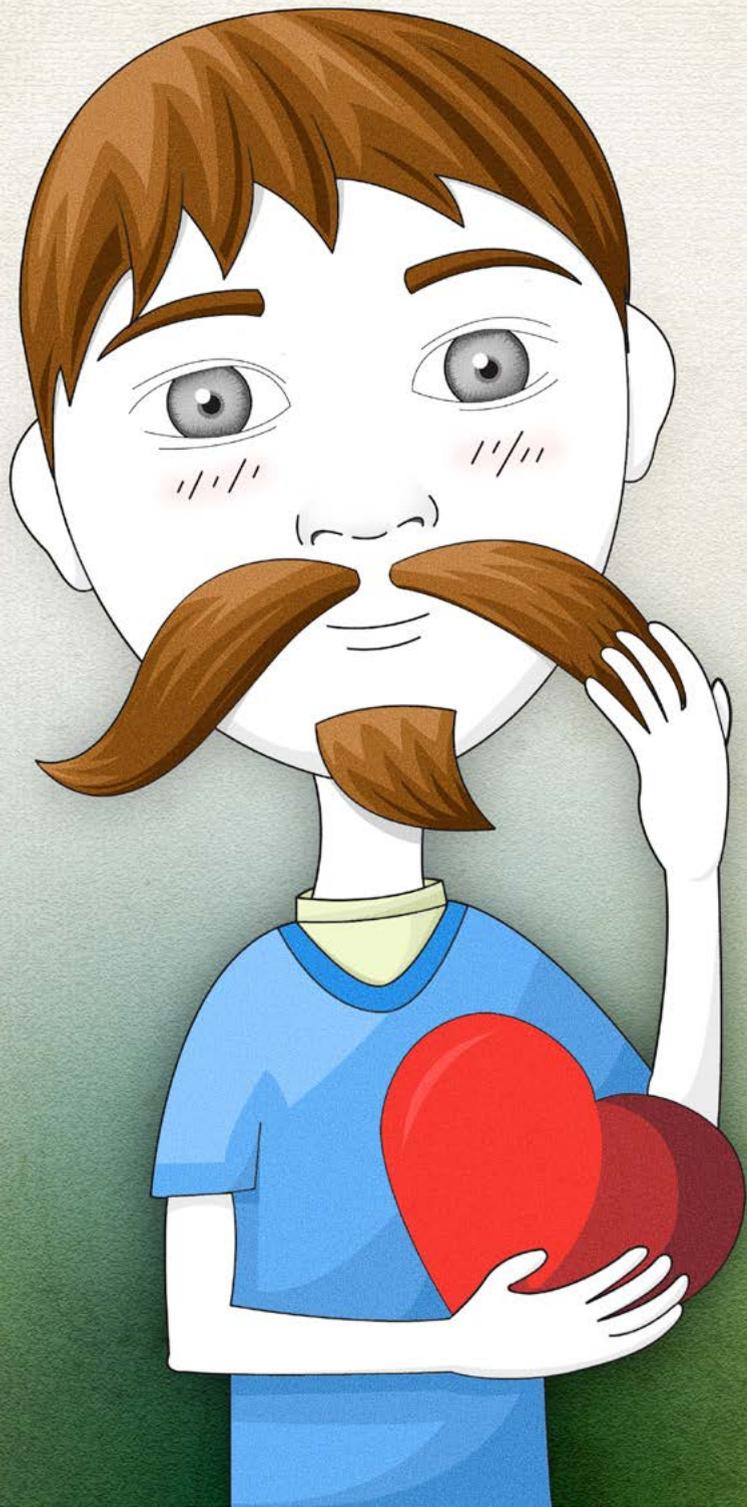
—¡Porque pueden quitarte una chamba!— replicó el profesor.

Mientras en clase discutían sobre quiénes eran mejores, si los ingenieros o los arquitectos, salí del salón para echarme un poco de agua fresca sobre la cara, puesto que esa discusión no tenía sentido; todos saben que los ingenieros son mejores que los arquitectos.

En el baño lavé mi rostro y miré fijamente las bolsas negras que colgaban de mis ojos, producto de la desvelada que tuve por superar el reto de terminar en una noche la serie de ejercicios, que el malvado profesor nos propuso acabar dos semanas antes.

De vuelta ya en el salón de clases, mis párpados superiores sucumbieron ante la invulnerable ley de la gravitación universal. Esta vez era Newton y no Morfeo, el responsable de que yo perdiera la noción del tiempo, el control de mis sentidos y hasta la vergüenza. ¡Vaya, que si la ley de gravitación universal se cumple! Lo comprobé en más de diez ocasiones. La Tierra se aferraba a provocar que mi cabeza cayera, era una batalla feroz; mi cuello resistiendo ante la inmensa fuerza del producto de la masa de mi testa por la aceleración gravitatoria. Una vez que mi cuello se cansó, éste sirvió a mi choya como balancín y posteriormente como una mecedora. Mi codo se apoyó sobre la mesa para soportar esa bola de pensamientos que amenazaba con caer, minutos después se cimbraba por el peso. Había fallado como ingeniero, no era capaz de sostener firme mi cabeza sobre mi cuerpo, ¿cómo habría de asegurar el equilibrio de un marco?





SEGUNDO LUGAR

## BARBA Y BIGOTE

*Manuel Iván Salmerón Becerra*

«Heberto Roiz»

Despertó con el frío de las horas previas al alba. Imposible dormir con aquel viento gélido que se colaba entre las cortinas. Hoy era el día, hoy iba a confesarle su amor.

Miguel se levantó de la cama y se dirigió al baño. Se miró al espejo con ojos inquisidores, expectantes. «Aún sin barba ni bigote», pensó. «Ya aparecerán, dentro de poco». Consideró la idea de no bañarse, con tal de amortiguar un poco aquella helada que hería la piel. Pero si hoy confesaría sus sentimientos, tenía que lucir presentable. Sin meditarlo más para no acobardarse, entró en la regadera.

Una vez que estuvo limpio (y muy perfumado para la ocasión), bajó a la cocina. Allí estaba su madre: alta, delgada, elegante. Preparaba sobre la barra un sándwich.

—¡Ya estás listo!—, exclamó sorprendida al ver a su hijo. —Tienes un poco de pasta aquí... y aquí... —, se lamió el dedo pulgar y pretendió limpiar el exceso de dentífrico de las comisuras de los labios de Miguel, a lo que éste respondió con breves pero contundentes manoteos de rechazo.

Ya estaba grande para esas cosas. Dentro de poco le aparecerían barba y bigote.

La madre, rindiéndose ante el manoteo, terminó de preparar el sándwich y se lo extendió a su hijo envuelto en una servilleta.

—Te lo comes cuando tengas un momento—, sugirió. Miguel lo metió a su mochila y pensó que probablemente lo regalaría. Eso del amor en verdad provoca mariposas en el estómago.

Ambos salieron de la casa y caminaron hasta la entrada del jardín, donde se despidieron, beso en la mejilla incluido (Miguel se las vio muy difíciles para borrar el labial. Su madre no debería hacer esas cosas, ya era grande y pronto le saldrían barba y bigote) y cada uno tomó su rumbo: la madre, a la izquierda en el auto; Miguel a la derecha a pie. Unas escasas dos cuadras lo separaban de la escuela.

Mientras caminaba e inhalaba el frío aire de octubre se puso a pensar en ella. No podía olvidar sus cabellos castaños, largos, sueltos, siempre bien lavados y perfumados. La mayor parte del día veía aquella cabellera lacia que caía sobre su espalda. Difícil no enamorarse de una chica con esa cabellera. Le parecía increíble que alguien no se hubiera ya... Se detuvo en seco.

¿Y si ya tenía novio? Le pareció muy probable, era bonita. Sí, seguramente tenía novio, uno que mandaba cartas, le daba besos y que acariciaba su vasto cabello. No importaba. En cuanto Miguel le dijera lo que tenía que decirle, ella iba a caer a sus pies, porque la amaba y ella también, lo había notado en pequeños detalles, como sonrisas, miradas fugaces... cosas de enamorados.

Llegó a la entrada de la escuela con pensamientos felices, hoy era el día y lo notaba en el ambiente. Aún era muy temprano, el viejo edificio color amarillo estaba casi vacío. Caminó lentamente hacia su salón, donde aún no había nadie, y se sentó en su banca de siempre, ésa que tenía un mejor ángulo de observación para ver llegar a su amada con todo su esplendor.

Mientras Miguel repasaba mentalmente las palabras que le diría, los alumnos fueron ocupando las bancas de alrededor. Súbitamente, sintió una presencia a su lado. Salió de su concentración y se encontró con Ana Jiménez, que estaba de pie frente a su pupitre.

— ¡Hola Miguel!—, saludó alegremente.

—Hola—, respondió Miguel sin mucho entusiasmo. Ana siempre estaba molestándolo, sus amigos le habían dicho que le gustaba. Pero ella no entendía, él estaba reservado para su chica.

— ¿Hiciste la tarea de mate?—, preguntó Ana, con una sonrisa enorme en la cara. Miguel se quedó petrificado.

—No...no—, respondió sorprendiéndose de su propia irresponsabilidad. No, irresponsabilidad no, fue el amor —Se me olvidó—, trató de justificarse.

—Yo te la paso, ten—, ofreció Ana extendiéndole una libreta. Miguel titubeó un instante pero finalmente tomó la tarea.

—Gracias, ahorita te la doy—. Ana le sonrió con coquetería por una última vez y fue a sentarse a su lugar. Que no creyera que con eso iba a comprar su amor. Ya estaba grande para discernir el verdadero amor de la oportunidad ocasional. Pronto le saldrían barba y bigote.

Por estar copiando la tarea, ni siquiera se dio cuenta del momento en que llegó su chica. Cuando reaccionó, la clase ya había comenzado. No puso atención a nada de lo que se escribía en el pizarrón, para él sólo existía esa cabellera castaña que se meneaba con el menor movimiento, cuando su enamorada escribía algo.

Así pasó el día, efímero, sin novedad. Miguel seguía en su ensoñación admirando a aquella dama que pronto (pensaba) iba a ser su novia. Cuando tuvo un momento, regaló su sándwich al primero que vio. Aquellos nervios no le permitían ingerir nada de alimento. Todo lo que había escuchado por ahí era cierto: el amor toma el control de uno, el amor impide pensar con claridad, el amor desconecta del mundo... el amor te llena cuando te llega, no deja espacio para otra cosa. Y viene revuelto, ratos de tremenda felicidad, ratos de doloroso sufrimiento.

Por fin, el momento llegó. La campana sonó, las clases habían terminado. Todos se apresuraron a salir, el salón se vació y sólo quedaron Miguel... y ella. Sí, como esperándolo, como invitándolo a acercarse y declarar su amor.

— ¿Se te ofrece algo Miguelito? —, preguntó la profesora Angélica, sin dejar de borrar las sumas que estuvo escribiendo de tarea en el pizarrón al final de la clase. Miguel sintió cómo se le reseca la garganta y se le enrollaban las tripas.

—Maestra... usted... usted, ¿tiene novio?

La profesora volteó a ver a Miguel sin poder evitar una sonrisa en su rostro. Cuando giró la cabeza, su larga y lacia cabellera castaña volvió a menearse como cuando escribía con gis en el pizarrón.

— ¿Por qué lo preguntas?

— Namás.

— No, no tengo.

— ¿Quiere ser mi novia? —días de pensar, sopesar y meditar posibles declaraciones, y ahí estaba: una sencilla, directa y franca pregunta, dicha sin levantar la vista del suelo. La profesora Angélica contuvo una risita y se agachó para estar a la altura del niño.

—Eres un niño muy bueno y simpático, Miguelito. Pero soy muy mayor para ti, y tú eres muy pequeño como para tener novia.

— Pero ya soy grande, casi me salen barba y bigote.

—No te preocupes ahora por esas cosas. Diviértete, juega con tus amigos.

Ya vendrá el momento de tener novia. Anda, despídete de mí y ve a casa a hacer la tarea. Mañana nos vemos. — Miguel le dio un beso en la mejilla a su maestra (como todos los alumnos al terminar todas las clases) y salió del salón.

La profesora Angélica, con la sonrisa aún en los labios, guardó sus pertenencias y mientras caminaba al checador de la dirección, se preguntaba cómo es posible que los niños no comprendan la diferencia de edades, o que su niñez es un tesoro, y otras cosas típicas de pedagogos.

Mientras Miguelito caminaba hacia su casa, se preguntaba cómo es posible que los adultos siempre utilicen el asunto de la edad para defenderse, para tener razón o para prohibir cosas. Y es que, con siete añitos cumplidos, Miguel no podía comprender que los adultos no comprenden el amor.

Al llegar a la puerta de su casa, se dio cuenta de que aún tenía el cuaderno de matemáticas de Ana Jiménez. Mañana le invitaría la mitad de su sándwich.





TERCER LUGAR

## EN EL PUEBLO DE LOS ALEBRIJES TRISTES

*Alan Hernández López*

«Ollivanders»

San Antonio Arrazola se llamaba el pueblo mágico famoso por su mezcal, sus semanas ferias y sus artesanos de alebrijes. Los artesanos se dormían hasta tarde, despeinados y con pintura en los brazos por el intento de terminar sus doce, sus veinte, sus treinta alebrijes multicolores con cuernos, pezuñas y colmillos que intentarían vender al día siguiente tendidos en el suelo de la plaza principal, bajo el cielo oaxaqueño. Álvaro Pacheco, artesano casado, con ojeras y piel morena, formaba parte del trajín artesanal elaborando cincuenta monstrositos a la semana, vendiéndolos de a poquito en poquito, de a quince, de a cincuenta, de a cien pesos. Monstrositos coloridos como la vida, horrendos como la pobreza de don Álvaro, que se iba los viernes, los sábados, los domingos de plaza y feria con su esposa Lupe, ella a vender tamales en olla de barro, él a vender alebrijes tendidos en petate de tule. A la suerte no le importaba que Álvaro se pasara más de mediodía amordazado en el pequeñito y humilde taller que tenía en su casa, siempre

polvoso y triste, porque casi no vendía, la carencia lo orillaba a comprar materiales artesanales, pinturas y alambres baratos y de dudosa calidad. Gringos, gringos, se empeñaban en venderle a los gringos que si les gustaba pagaban lo que fuera o incluso daban más, y «pásele güerita, pregunte, damos barato señor», decían en esos días de fiestas patronales, de noches calurosas y llenas de gente. Sobre el petate de su vendimia, Álvaro veía a la gente tomar mezcal de pechuga, escuchaba alegres chilenas y veía cientos de rostros de gente que compraba comida, que miraba flores, que adquiría artesanías en las noches que se sazonaban de olores culinarios, de mole o buñuelos, en esas calles empedradas, junto a esa iglesia colonial. Apenas comenzaban las fiestas y era un viernes cuando temprano se fue Lupe a la casa, como de costumbre, y Álvaro espero hasta tarde con pocos pesos en los bolsillos. Se fue tarde, casi las doce, cruzando las callecitas mágicas, chocando con la gente, jalando la carretita de palo en donde llevaba sus creaciones coloridas que hacían cloc, cloc sobre el crujir de las piedras. Esa noche Álvaro cruzó la carretera y comenzó el ascenso al cerro de las casitas, donde yacía su hogar cuando miró, bajo un ahuehuete, a un animal extraño acompañado del crujir de huesos de una gallina que devoraba, tal vez una de las tantas gallinas que desaparecían misteriosamente de los corrales en los últimos días. Álvaro pensó que podía ser recompensado por atrapar al coyote, perro o lo que fuera y tomó un costal que llevaba en la carreta y se acercó sigilosamente. Estaba oscuro, una piedra crujiente bajo su zapato lo delató y antes de arrojarle sobre el animal alcanzó a ver el fulgor de los ojos azules y brillantes del animal. Percibió la silueta en la oscuridad, parecía un felino mediano, lo tomó por el cuello, recibió zarpazos en los brazos, sintió unos cuernos, entonces es un chivo, sintió unas alas enormes en su lomo,

comenzó a preocuparse, había atrapado al diablillo, al nahual del que tanto se hablaba entre turistas, al demonio que tanto mencionaban las señoras del mercado. Sin miedo lo metió en el costal y lo llevó a casa. En su taller lo amordazó y ató de patas con cinta adhesiva. No podía creer lo que veía, ese cachorro de jaguar azul rey de manchas negras, con cuernos de chivito color verde, con un par de alas enormes de plumaje multicolor y los ojos azules y brillantes, como focos de feria. «Atrapó al demonio» dirían, pero era un espécimen manso y demasiado hermoso para contarle a los chismosos. Era eso, un alebrije como los que él creaba en ese tallercito, o ¿sería un demonio?, porque rumores sobaban en el pueblo y entre los turistas, y llegó a escuchar de la boca de los artesanos mitómanos que en la cercanía aledaña retozaba un alebrije de verdad, vivo, y unos decían que una bruja lo había revivido en un taller, otros decían que se había escapado del costal que el diablo llevaba cargando una noche que pasaba por el pueblo. Sus ojos de artesano se humedecían al ver la explosión colorida en el plumaje bañado de mil tonos celestiales de azules que formaban patrones de figuras indecisas. Álvaro miró que una de sus patas sangraba y su sangre era un fluido de colores sin revolver, como la pintura que preparaba en el taller. La sangre hermosamente lila, con rosa mexicano, verde limón y muchos otros colores preciosos. Del fondo del costal sacó las plumas que se le cayeron por el desparpajo y el susto, y al ver que eran hermosas decidió pegárselas como adorno en la cabeza de uno de los alebrijes que tenía pensado vender el día siguiente. Metió al diablillo secuestrado en el cajón y sin piedad le puso candado al taller antes de irse a dormir.

El alebrije con las plumas del diablillo fue el primero en venderse ante la mirada atónita del árabe que lo compró y que preguntaba por más plumas

de esas. En un juego con maña, Álvaro le puso el precio de doscientos pesos y se vendió. Esa noche pudo comprar cigarrillos y se los fumó mientras desplumaba con sus manos fuertes al triste diablillo que ahogaba rugidos bajo la cinta adhesiva de su hocico. Las plumas crecían rápidamente ante los ojos atónitos de Álvaro, que no podía creerlo. Crecían de todos los colores y con distintas figuras y formas, todas igual de hipnotizantes e increíbles. «Es una mina de oro», pensó Álvaro, ya con cara de maniático ambicioso y asesino. La noche del domingo tenía ya una buena orquesta de colores emplumados, esos nuevos alebrijes modernos, de madera, pintados y emplumados con plumas preciosas, bien pegadas y tendidos en petate nuevo y mejor tejido. En menos de dos horas se vendieron todos y se tardaban en comprar por el precio, que ahora oscilaba entre trescientos y seiscientos pesos. Y se vendió el chivito con patas de pollo emplumado, y la cobra con cuernos emplumada y la tortuga de siete patas emplumada y hasta ofrecían unos cuantos pesos por las plumas desprendidas sobre el petate. «Mira que cambiadito está don Álvaro» decían las indias que vendían buñuelos. «¿De dónde sacará todo eso?» No lo supieron, ni siquiera lo supo Lupe, que creía que eran plumas artificiales y sin interés se iba a dormir temprano mientras Álvaro trabajaba a puerta con llave en el taller, ahora con un radio nuevo al que subía el volumen para opacar el ruido y los rugidos ahogados, para opacar la alegría que sentía al sacar al animal, que ya estaba más grandecito, y mirar que ya tenía más y mejores plumas que el día anterior y que ahora le salía sangre color azul celeste, o morada, o amarilla y que se apresuraba a guardar en pequeños frasquitos. Al paso de los días, comenzó a utilizar la sangre del animal como pintura. Pintaba con pincel fino y los diseños eran más hermosos, con rayas, puntos, patrones

que pintaba cuidadosamente y el alebrije quedaba hermoso porque esa sangre tenía un poderoso hechizo que atrapaba las miradas, que atraía a las mariposas de día y a los mosquitos de noche. Sin piedad alguna, Álvaro formalizó el sanguinario proyecto a escondidas de Lupe. Compró una jaula para el demonio, en la cual arrojaba una gallina al día, que devoraba con unos filosos colmillos color naranja. Explotó su habilidad artesanal diseñando, día y noche, cuanto se le ocurriera y todavía con pintura y plumas en brazos y en la cara, se iba todos los días de feria y plaza para que le compraran los gringos, los árabes, los libaneses, toda clase de turista y gente de dinero y en su tendido no dejaban rastro alguno de alebrije. Lo felicitaban y le preguntaban que cuándo regresaría y su fama se incrementó. Decían que sus alebrijes estaban hechizados, conoció al presidente municipal y presentaron su obra en la casa de la cultura. Vendía en su tendido de la plaza y también le vendía a los locales artesanales a punto de la quiebra y recibió una hipócrita mención por haber innovado y revivido el arte de los alebrijes cuando en la realidad en aquel pueblo jamás había muerto, solo se había olvidado, y que los alebrijes seguían ahí, en los talleres, en las azoteas, en las calles, olvidados y tristes como mercancía sin interés y no vendida.

Álvaro se dio cuenta que mientras más alimentaba al diablillo más hermoso se ponía. Disponía de tres gallinas sin desplumar por día y el animal crecía mucho que apenas y cabía en la jaula y se volvió difícil controlarlo. Cambiaba de colores cada día, de los colores de la selva a los de la tundra, los cuernos le crecían y se torcían. Sus pelos y plumas tomaban patrones geométricos que Álvaro lamentaba tener que destruir. Clasificaba todas las plumas en bolsitas de plástico y extraía la sangre con un tétrico sistema de catéteres y agujas superpuestas que él mismo había diseñado y que usaba

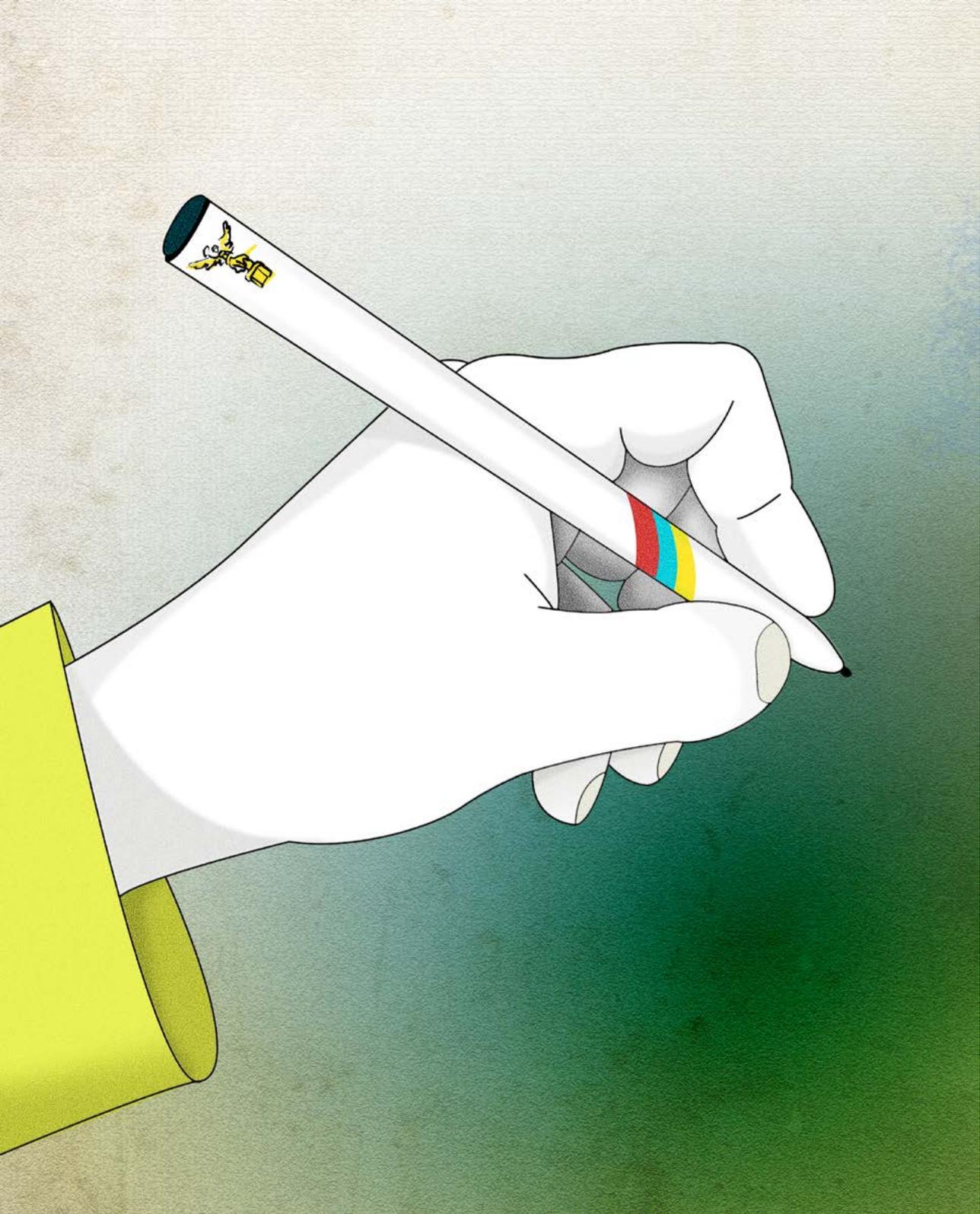
después del ya acostumbrado desplumaje nocturno para al cual ahora tenía que amarrar fuertemente al animal con sogas y cinta adhesiva debido a su fuerza descomunal.

Hasta la casa misma revivió. La magia propia de ese ser, de ese diablillo, hacía crecer flores de todo tipo alrededor del hogar, enredaderas y árboles frutales crecían hasta en la cocina, centenares de pájaros hermosos llegaban las tardes a cantar y las gallinas del corral ponían por docenas.

La avaricia de Álvaro lo llevó a enterrar sus ganancias en el jardín del corral, no sin antes permitirse los lujos de comer moles finos y vestir ropas de telar de cedro. Hasta Lupe se peinaba ahora con trenza de diez hilos. Coronada con diademas floridas y vestida con huipil de tehuana de iglesia, llegaba todas las noches a ayudar a la vendimia y los turistas la llamaban Frida, los bohemios la llamaban Sandunga.

Las noches de gloria terminaron una noche que Álvaro regresó a la casa y encontró la jaula abierta bruscamente y la ventana rota sin diablillo alguno. En el suelo había rastros de sangre colorida y un par de plumitas bellas. Desesperado, Álvaro rebuscó en las bolsas de plástico las reservas de plumas pero no eran plumas bellas si no plumas de gallina. También encontró plumas de gallina enterradas en el jardín sin tesoro alguno y los frasquitos estaban llenos de sangre roja, común y corriente. Compró plumas artificiales pero ya no hubo gringos ni árabes interesados. Con el paso del tiempo Álvaro comenzó a recorrer las calles y pueblos de noche con un costal en la mano y de día preguntaba a la gente si habían visto pasar al diablo por allí. Nadie lo vio, ni las señoras de los mercados, ni los jornaleros ni los que se bañaban en el río. Se preguntaba si aquel ser había regresado al inframundo en alguna gruta de Tehuantepec o si había sido parte de su imaginación.

La casa se marchitó con un olor a flores podridas y la gente no sabía si creerle a ese artesano loco, que olía a tiner y que usaba pinturas altamente tóxicas por falta de dinero. Tampoco nadie supo cómo fue que terminó olvidado ese negocio de alebrijes emplumados, ni cómo fue que el pueblito quedó como antes con esos alebrijes bien trabajados que la gente había olvidado y que colgaban de las ventanas o que yacían en las esquinas de los mercados con la mirada triste y los colores opacos por el sol.



## CARTA A MI HERMANO QUE SE MUDA AL DF

---

*Gabriela Jasso López*

«Camila Páez»

Carta a mi hermano que se muda al DF.

«En mi pueblo, hasta en el centro olía a mar», pensé, caminando por el centro de la capital. Aquí, en el centro, huele a tierra, sudor, coladeras... Huele a gente. Huele a civilización. Mi pueblo huele a mar.

Querido hermano:

Te escribo acerca de tu próxima mudanza. Sé que no me has visto en mucho tiempo, y tienes tus prejuicios acerca de la capital. Me siento en parte culpable. Por eso te escribo.

Caminando por sus calles no puedo evitar recordar mis calles. Aunque haya vivido aquí varios años, sé que estas calles no son mías. Las familias

que veo no podrían ser mi familia y los jóvenes que pasan a mi lado no podrían ser mis amigos. Esta ciudad es prestada.

Vine aquí a un trabajo. Un compañero del pueblo que vive aquí me invitó a trabajar con él por seis meses. Rápidamente, esos seis meses se volvieron dos años. Esos dos años se volvieron cuatro, y esos cuatro, a su vez, diez. Llevo diez años en esta ciudad maloliente.

¿Por qué sigo aquí, si parece desagradarme tanto? Porque el pueblo y yo no estamos en buenos términos. Lo abandoné por un modelo más nuevo, más avanzado. Me fui a la capital, donde el negocio se hace a lo grande y con dinero de frente, donde un balcón para tomar café es un lujo. Me vine acá y mi pueblito chocheante se sintió menos. O yo lo sentí menos. Ya no sé.

No fue raro acostumbrarme al lugar, porque no creí que me quedaría. Este depa es rentado, pensé en ese entonces (Qué pendejo. En diez años ya hubiera pagado este agujero.).

No fue raro acostumbrarme porque en realidad nunca me acostumbré. Asumí que mi cuarto de alquiler era un hotel; que mi trabajo era temporal; que mis paseos por el centro eran turísticos, y que mis amores eran amores de verano. Así fue por dos años. Luego regresé.

Regresé, y el pueblo se sentía diferente. Había cambiado. La gente no tomaba su café donde usualmente lo hacía, mis amigos no frecuentaban los mismos bares. Volví y tenía tantas ganas de encontrar mi pueblo exactamente como yo lo recordaba que sentir que aquí también pasaba el tiempo me enfureció. Dije muchas veces que el pueblo se estaba yendo al carajo: la verdad es que tenía miedo de que se fuera lejos de mí.

Pero soy orgulloso. Evité a mis amigos y familiares y volví a la ciudad maloliente, que seguía ofreciéndome una vida prestada.

Al volver, me llené de nostalgia. A partir de ese momento en que noté los rasgos de mi ciudad que me hacían extrañarla, odié la capital y todo lo que representaba. Gracias a la capital y su crecimiento económico, pueblos como el mío se consideraban estancados, y la gente se veía atraída por mercados más activos. Gracias a la capital yo soy infeliz. Me convencí de eso tantos años que llegué a odiarla como nunca había odiado a nadie.

Te comento esto porque no quiero que termines igual que yo. Yo estoy aferrado a un pasado que, me convencí, ya no existía. La verdad es que todos viven bien en el pueblo. Ya no hacen lo mismo, pero hacen otras cosas. La gente cambia, y ese cambio no es necesariamente para bien. O para mal. Yo estoy consciente. Pero yo no puedo cambiar. Tú aún estás a tiempo.

Debes tener siempre presente que la felicidad no depende de dónde vives ni de dónde naciste. En cualquier lugar puedes encontrar un poco de paz.

En todo este mugrero no habrá un sólo lugar que huelga a mar, simplemente porque no hay un mar en cientos de kilómetros a la redonda. Pero hay otras cosas. La gente aquí es como la gente que conocíamos allá, como mamá y papá. Sus hijos son como tú y como yo. Entiende esto, porque no lo volveré a admitir. La gente de la capital es tan humana como la del pueblo, con todo y su civilización y su olor a pies. Y verás que también puedes llegar a amar el olor a pies.

Con cariño, Román



# CONVOLUCIÓN DE SUEÑOS

---

*Salvador Gómez Moya*

«Rino 1086»

1

Rafael Gómez vino al mundo en silencio, sin llorar. «Nació pensando», aseveraba su madre. Creyeron que no había sobrevivido al parto hasta que despertó a la tercera nalgada. Hijo único. No se le conoció una novia: fue tan buen estudiante como malo para las relaciones. Primaria, secundaria, bachillerato, nunca abandonó el cuadro de honor. Apenas salió de la universidad, entró como investigador en el Instituto de Física más importante de su país. Siempre solo y en su laboratorio. Sus compañeros lo respetaban de lejos. Nadie lo sabe, pero Rafael fue el mayor inventor de todos los tiempos.

Fue un lunes de marzo de 1993. Rafael llevaba tres años trabajando como científico. Salió de su laboratorio con un mamotreto bajo el brazo. Con paso firme y sin distracciones, se dirigió a Lidia, la vieja secretaria del

Instituto y le solicitó, con mucho donaire, que lo inscribiera en el siguiente congreso de Física, que se llevaría a cabo en una playa cercana. La secretaria tomó el grueso legajo y leyó el título: «Convolución de señales acústicas».

Poco a poco se fue pasando la voz entre sus colegas, incluso extranjeros. Tanto así que el día de su comparecencia ante el auditorio, que se hallaba abarrotado por reconocidos y no tan reconocidos físicos de todo el mundo, Rafael llegó con corbata a un lugar con humedad del 98% y temperaturas mayores a 36°C. Se paró frente a todos, carraspeó para aclararse la voz y comenzó su conferencia. Lo hacía como si hablara con un auditorio vacío, se notaba que había practicado mucho a solas. Su discurso fue más o menos el siguiente:

—Empezaré por el principio. Hace unos doscientos años, el matemático francés, Pierre-Simon Laplace, desarrolló una ecuación que pasaría casi inadvertida hasta nuestros días. Se trata de la integral de convolución. Algo más o menos así:

$$\int_{-\infty}^{\infty} f \cdot g = \delta \cdot g$$

Me explico,  $f$  puede ser una señal auditiva, digamos, yo cantando un villancico en mi bañera; a su vez,  $g$ , sería otra señal de audio que contuviera las propiedades sonoras de, por ejemplo, el Carnegie Hall. Si lográramos realizar la integral infinita con respecto al tiempo, el resultado sería yo cantando en la célebre sala de conciertos de la Séptima Avenida, sin que viajara a Nueva York. Pero esta integral nos regala una cualidad interesante, pues puede reescribirse como el producto de la grabación de mi voz, por una

función impulso  $\delta$ , que no es más que una señal con mucha amplitud en un tiempo muy corto, en nuestro caso sería grabar el sonido producido por disparar un arma con balas de goma en el Carnegie Hall. Esta propiedad, aunque sólo matemáticamente, ya la habían notado hace un par de siglos. Hasta aquí no estoy agregando nada nuevo. Se pensaría entonces que con la ayuda de la función impulso, nos evitamos desarrollar la integral, y nuestro problema se reduciría a una multiplicación; pero el producto dos señales sonoras en el dominio del tiempo continuo, es infinito. Parece pues, que no hemos logrado superar el obstáculo; y es que infinito no es un número que exista, es simplemente algo que de tan grande es incognoscible. Claro, ése no ha sido un problema para nosotros los físicos, pues en lugar de tomar infinito, podemos llevar la integral, digamos, de menos un millón a un millón; no obtendremos el resultado exacto, pero sí una buena aproximación. Aquí viene el verdadero problema, ¿quién se tomaría la molestia de resolver una integral que le llevaría meses, sólo para saber cómo se escucharía su voz cantando villancicos en el Carnegie Hall? Sería más fácil viajar a Nueva York y hacer la prueba. Totalmente impráctico.

»En fin, la integral de convolución quedaría durante todo este tiempo como una mera expresión matemática. Pero eso cambiará, y es que, como ustedes podrán constatar, las computadoras han ido evolucionando tan rápidamente, que desde hace un par años, tienen la suficiente capacidad de procesamiento para realizar una operación cada 166 microsegundos. Lo que quiero decir con todo esto es que, si bien una computadora no puede, ni nunca podrá, llegar a infinito, sí es capaz resolver la integral a un grado no sólo aceptable, sino tan bueno, que si hiciéramos la convolución de mí

cantando en la bañera, con la función del impulso del Carnegie Hall, notarían lo siguiente —Rafael puso la grabación de él cantando en la sala de conciertos, y otra hecha en su laboratorio; también mostró gráficas de las señales de audio y las traslapó para compararlas.

El público no pudo evitar levantarse y aplaudir cuando corroboraron que, en efecto, eran iguales, o como dijera el propio Rafael, «iguales para la limitada percepción humana». Así fue como Rafael Gómez pasó a ser reconocido en el ámbito científico. Pero ésa fue la última vez que apareció en público, pues él sabía que eso era apenas el principio. Lo que nunca se imaginó fue lo lejos que lo llevarían sus investigaciones.

## 2

Al igual que con Charles Goodyear y la vulcanización del caucho, o con Hans Christian Ørsted y los campos electromagnéticos, todo comenzó por un accidente. Rafael llevaba cientos de horas dedicadas a la mezcla de señales acústicas con su integral de convolución, obteniendo resultados importantes; sin embargo, fue la madrugada del primero de enero de 1994, con él solo en el Instituto, en que nada volvió a ser igual. En la universidad había aprendido a masticar peyote para poder mantener el ritmo frenético que antes sus estudios, y ahora sus experimentos, le exigían; tenía unos audífonos puestos en sus orejas con los que escuchaba las señales procesadas por la computadora. Dormitaba después de doce horas de trabajo. Apenas consciente, su dedo hizo click en el botón de play de la computadora. Se

trataba de la convolución del audio de un avión que perdía el control en una pista, y su propia voz. Rafael se quedó dormido. La mezcla fortuita del peyote, los audífonos y el sueño, causaron un efecto extraño en Rafael: se soñó viajando en el avión. No sólo eso, se soñó a punto de estrellarse; sin embargo, en el último momento, Rafael se despertó. Dio un brinco de la silla al suelo con todo y un grito de terror. Tardó en darse cuenta de que estaba solo en su laboratorio de la ciudad, y no en un avión a punto de colisionar. Esa noche se fue directo a casa. Con un whisky en la mano, fue organizando en su memoria lo que había ocurrido. Había sido un sueño, sí, eso era claro; pero su mente decía otras cosas. La experiencia, como él decidió llamarla, fue tan vívida, que alguna parte de su cerebro la había asimilado como un suceso real. «Los hechos reales generan recuerdos y enseñanzas, defectos o habilidades, como cuando aprendes a andar en bicicleta; caso contrario a los sueños: uno puede soñarse manejando una bicicleta, pero no por ello aprenderá a manejarla», escribió Rafael con grandes letras blancas, en un pizarrón verde que dominaba una pared de su sala. Y es que así fue, la experiencia de Rafael no sólo no se había difuminado, como sucede con la mayoría de los sueños, había generado recuerdos que a su vez tacaron a otros recuerdos, es decir, de pronto Rafael desarrolló fobia a volar, algo que nunca tuvo. La única certeza que tenía Rafael en ese momento, es que era algo para enloquecer; no obstante su curiosidad fue mayor. Esa misma madrugada regresó al laboratorio. Pensó en todo lo que había hecho para poder reproducir la experiencia. Como todo buen científico, aisló y recreó el objeto de estudio. «Correcto —pensó—, si lo que quiero es volar en un avión, lo que necesito es convolucionar mi voz con una señal de audio de un avión. Entonces, si quiero, por ejemplo, saber qué

es lo que se siente recibir el año nuevo en Singapur, debo convolucionar mi impulso con un audio de los festejos en ese país». Y así lo hizo, más que de Singapur, tomó una muestra de todos los países que aparecían festejando el año nuevo en la televisión. Así que recreó la situación: masticó peyote, como no tenía sueño, tomó unas pastillas para dormir, se puso sus audífonos y reprodujo la grabación. Y volvió a suceder, cuando Rafael regresó del trance, estaba exaltado, por haber conocido países en los que nunca había estado, pero sobre todo, porque una región de su memoria lo había asimilado como el recuerdo de un hecho real.

Cuando sus colegas regresaron de los festejos de año nuevo, se sorprendieron al no ver a Rafael ni a su equipo en el laboratorio. Se había llevado todo a casa. Así comenzó Rafael una etapa de trabajo frenético, en la que fue perdiendo peso al grado de pasar de ser un hombre robusto a uno muy delgado. Experimento tras experimento, o mejor dicho, experiencia tras experiencia, sus ensayos habían madurado lo suficiente para que Rafael se planteara realizar su obra maestra, algo que lo pondría a la altura de Einstein o Newton. Ni remotamente se imaginó que dejaría muy atrás a cualquier físico que haya existido sobre la Tierra. Dejó sus experimentos para pensar cómo podría obtener el mayor provecho a su integral. Fue a principios de octubre de 1994, en otra madrugada de desvelo. La idea brotó como una epifanía: tan grande, tan absoluta..., tan obvia, que se quedó sin aliento: simularía su propia muerte. Pero al simularla buscaba un objetivo más trascendental, lo que realmente quería, era una prueba sobre la existencia o no de Dios. Y es que Rafael había notado que en sus experiencias aparecían cosas de las que sabía poco o nada. En una ocasión soñó que su padre le enseñaba cómo armar una silla de madera. Su progenitor, que desde

pequeño se había ganado la vida como carpintero, siempre se negó a instruirlo en el oficio, pues lo consideraba para «gente sin preparación». Después del sueño, Rafael logró construir una bella silla con madera de pino que lo dejó perplejo. Zonas que antes eran oscuras, ahora se revelaban claras.

La noche 3 de octubre de 1994, Rafael tenía listo su peyote, sus pastillas para dormir, una grabación de la convolución de su voz, y el sonido de una descarga de arma de fuego. Soñó que caminaba por un callejón oscuro, que escuchaba a las ratas royendo en la inmundicia, los pasos de un desconocido; entonces, volteaba y veía el brillo metálico de un revólver. Un disparo y caía muerto.

En su casa de la ciudad, con la luz de la luna entrando por la ventana, su cara hizo una mueca de dolor, se llevó las manos al pecho, cayó al suelo bocabajo. Su corazón, aunque indemne, se detuvo como atravesado por una flecha.

Nadie lo sabe, pero Rafael fue el mayor inventor de todos los tiempos: cuando el sol despuntó la mañana del 4 de octubre de 1994, y su sirvienta lo encontró inerte sobre la alfombra, había obtenido su prueba sobre la existencia de Dios.



## CRÓNICAS DE UNA MENTE AISLADA

---

*Víctor Hugo Peralta García*

«Llamaz Peralta»

14/agosto/2009: He decidido empezar a registrar diversos sucesos que me inquietan, sin más preámbulos, pude leer la mente de uno de mis compañeros.

Ya tenía pensado hacerlo desde hace un tiempo, pero no encontraba el momento, y fue ayer en el descanso que vi a ese sujeto, decidí que fuera él, ya que no había tenido contacto alguno y no afectaría los resultados relacionándolo con ideas posteriores a esto, lo miré fijamente por más de diez minutos hasta poder sentir sus ideas, como si estuviera leyéndolo, fue un mar de concepciones y yo nadando en ellas, creo que se dio cuenta de lo sucedido pues de un momento a otro volteó hacia mí con el ceño fruncido y salió rápidamente de mi vista.

20/agosto/2009: Observar los pensamientos de las personas no resulta tan difícil, pero no es mucho lo que obtengo al hacerlo, muchos piensan

en sexo, objetos materiales, cosas por el estilo, mientras otros aluden a sus mejores recuerdos.

Hoy por la tarde al querer introducirme a la mente de un chico, una fuerza me lo impidió, como si una gran pared de ladrillos no me dejara pasar, y al momento escuché un lenguaje extraño, no entendí lo que decía, pero lo escuché por horas, o al menos así lo sentí, ya que al acabar vi que solo pasaron unos minutos.

Para esto solo había una explicación, telepatía, eso significa que no soy el único.

22/agosto/2009: Pensé día y noche en la voz, llegué a una hipótesis, puede que no sea el único, quizá tengamos una mutación en nuestros genes, pero eso no me da respuestas, solo más preguntas, de dónde conseguí esto, acaso uno de mis padres, que tal si esto es normal y yo preocupándome, algo axiomático, puro instinto, como dormir, nadie me dice que duerma, solo lo hago.

10/septiembre/2009: Tuve problemas con una maestra, me gritó como una loca por no tener mis apuntes, creo que fue en parte mi culpa por querer aprovechar mi talento, pero no importa lo que piense ahora, no puedo cambiar mis palabras, le dije que era superior a ella y que solo iba a la escuela por diversión, me arrepiento, solo hacia su trabajo.

19/septiembre/2009: Cuando pensé que esto no tendría mayor camino, pude aislarme en mi pensamiento hasta dejar a todos fuera, ruido, aromas, hasta el tacto, todo a causa de mi imaginación y un ejercicio en clase, «pensar

en nuestro lugar feliz», y así fue como descubrí que puedo alterar mi realidad, me pregunto si funcionará con cualquier cosa que piense.

1/octubre/2009: Distorsiono tres veces al día mi alrededor, es algo agotador y debo admitir que después de tantos esfuerzos me cuesta distinguir una de otra, y no puedo saber si es mi imaginación o lo que veo es verdadero.

18/octubre/2009: Empiezo a escuchar los pensamientos de las personas sin desearlo, vienen a mí sin cesar, hay momentos en que no puedo oír mis ideas, mi cerebro se satura de tanta información, tengo que buscar una solución a esto ¡Pronto!

20/octubre/2009: Me siento demasiado agotado estos días, no son fáciles, las voces y la presión de casa por ser perfecto y en la escuela por cumplir con todo, me desmayé y me preocupa.

24/octubre/2009: Sentí que alguien se metía a mi cabeza no pude hacer nada, me desconcentré y empecé a gritar, creo que mi madre escuchó mis quejidos, espero que no.

31/octubre/2009: Mis padres me llevaron al hospital a realizarme unos estudios, diciendo que era para un certificado médico que tenía que llevar a la escuela con urgencia, creo que se dieron cuenta de mis nuevas aptitudes, porque nunca antes me habían llevado al psicólogo a un examen, esto no me gusta y si es cierto quiere decir que no todos tenemos este deleite, pensarán que estoy loco o saben sobre...

19/noviembre/2009: Los últimos días no he podido siquiera penetrar una mente, la cosa más fácil del mundo, me preocupa, ya no se qué creer, si lo que vi, pensé y sentí fue real o solo una invención mía para retraerme de cosas de suma importancia, pero no podría ser así, todo fue tan real, no lo aceptaré.

24/noviembre/2009: Recapitulando mi día a día de los últimos cuatro meses, solo existe una variable en la problemática, mi madre pone ampollitas de algo en mi jugo cada mañana, la vi hacerlo el miércoles, el viernes y ayer por la mañana, pero cuando pregunte qué era eso, dejó caer el pequeño frasco en el vaso, respondió muy alterada: «solo son vitaminas, en esta época de frío es mejor que las tomes, no te quiero arriesgar a estar en cama enfermo», lo cual calmó mis ansias por un momento, caí en la trampa, pero por qué lo haría a escondidas, qué ocultaba detrás de las vitaminas.

5/diciembre/2009: Dejé de tomar esos jugos y ahora siento cómo regresan mis habilidades, pero mi madre se percató de ello, ahora los tomo y los vomito cuando estoy fuera de su vista, en este mundo si no puedes confiar en tu madre, no puedes confiar en nadie, por qué me lo harían, qué no quieren que descubra, por algo lo hicieron, eso fue muy extremo, alguien como yo puede ser un problema pero, ¿en qué forma?

15/diciembre/2009: Escuché a algunos conspirar en contra mía, acaso también lo sabrán, tendrán algún trato con mis padres, qué saben ellos que yo no, tal vez este mundo no esté preparado para mí.

16/diciembre/2009: Acorralé a quienes me malintencionaban, les imploré que me contaran por qué a mí, qué sabían, para qué me quieren eliminar,

pero como lo esperé ellos no traicionaron su voto de silencio, solo se miraron entre ellos.

27/diciembre/2009: No puedo dormir, no es que me oponga, pero ellos vienen cuando mi guardia está abajo, los oigo venir de todas partes, quieren mi cuerpo y mi mente, se quieren introducir en mi subconsciente para manipularme pero nadie lo logrará.

10/enero/2010: Mis padres me dijeron que no terminaría este año escolar, por unas razones absurdas, que lo podría repetir el próximo ciclo, pero yo sé lo que quieren, me quieren desaparecer lentamente, primero de la escuela, después de su vida diaria y al final del mundo.

18/enero/2010: Encontré algo que me puede servir, un viejo revolver de mi padre, creo que ya ni lo recuerda, estaba en una caja de zapatos en su armario, esos malditos no se me acercarán más, espero dormir un poco con esta protección.

6/febrero/2010: Acompañé a mi madre al centro comercial, pero entre tantas personas perdí mi concentración y todas las ideas de las personas presentes desbordaron mi mente hasta que mi cuerpo se corrompió, empecé a soltar golpes y tirar personas, el personal de seguridad me retuvo al punto de calmarme.

14/febrero/2010: Me llevaron al psicólogo, y en la consulta el doctor me dijo que podía decirle lo que quisiera y le conté sobre la escuela aunque ya no fuera excusa y sobre la perfección que se esperaba de mí, pero guardé en

secreto todo lo referente a mis propiedades únicas, me recetó unos antidepresivos de colores, al menos calman un poco los dolores de cabeza cuando vienen a mí esos pensamientos de personas lejanas.

28/febrero/2010: Mentiras y más mentiras, ese doctor también está metido en el complot, esas pastillas no solo me calman, no me dejan pensar, me hacen estúpido, no logro razonar con velocidad, me quieren tergiversar para hacer lo que ellos quieran, no desean a alguien que se pregunte cosas, solo alguien que acate las órdenes.

12/marzo/2010: Quise oír la radio, pero al momento de prenderla solo sonaba la estática, traté de sintonizar cualquier cosa, pero pasando por las estaciones, escuche que hablaban sobre mí, todo esto es demasiado, pronto vendrán en persona lo sé, desconecté todos los aparatos eléctricos, creo que así es como me encuentran, quise encontrar micrófonos o cámaras ocultas, pero no las hay o aún no las encuentro.

21/marzo/2010: Mi realidad se distorsiona sin que yo lo desee, al principio pensé que solo me equivocaba pero ahora sé que en verdad pasa, y lo peor es que no sé si alguien del exterior lo hace o es mi subconsciente el que me juega estas bromas por así decirlo.

12/abril/2010: Creo que aquella vez cuando me llevaron al hospital me injertaron un chip de rastreo en el brazo o algo así, no encuentro otra solución, intento sacarlo con un cuchillo pero no lo alcanzo, parece que está muy enterrado, he perdido mucha sangre al buscarlo.

18/abril/2010: Puedo sentir cómo me observan, pero cada vez que volteo ellos no están, intenté leer sus mentes, fracasé, ellos tienen un nivel superior, no puedo luchar contra ellos, podrían freír mi cerebro con solo pensarlo.

26/abril/2010: Es demasiado tarde, ellos pueden controlarme cuando quieren, no puede ser mi subconsciente, nada vuelve a la normalidad, cuando lo intento, estoy a su merced.

14/mayo/2010: Tapicé mis paredes con papel aluminio, tal vez recupere un poco de mi voluntad, es mi última esperanza, pero si ellos saben mis pensamientos, por qué no me detuvieron y si solo es una idea que ellos metieron en mí, ¿de verdad serviría de algo?

20/mayo/2010: Esto fue terrible, no sé si solo es otro juego en mi mente o en verdad lo hice, creo que herí a mi madre, escuché como rompían una ventana, tome el arma que había hurtado y me dirigí con miedo a la sala, pero al momento de llegar ante aquella figura vi un tipo que no conocía, y al caer percibí que era mi bella madre, tirada en la sala brotando sangre de su vientre, una cara angelical con ojos vidriosos, y si mis padres solo querían ayudarme para no llegar a este extremo, por qué me está pasando a mí, la horrible maldición, este poder es demasiado para mí, no puedo controlarlo, pero no puedo solo dejar de hacerlo ¡Basta, no pienso arriesgar a nadie más, ante esta abominación hecha hombre!



## EL PRESENTE

---

*Nabila Isabel Padilla Reséndiz*

«Mecatronabi»

Ha pasado seis años desde aquel día que dejó una huella imborrable en mi vida. Miro hacia atrás y reconozco que he recorrido mucho camino desde que José murió. Mucha gente dice que admira lo fuerte que soy, que no me haya derrumbado. Yo pienso: «No me han visto en mis peores momentos», pero reconozco que he luchado ferozmente por tratar no sólo de sobrevivir, sino de seguir viviendo. La verdad es que no tenía más opciones. ¿Qué otra cosa podría hacer más que luchar?... Claro, podría haber escogido dejarme abatir por la tristeza, llenarme de amargura, echarme a morir. Pero tengo papás y hermanos que merecen vivir y ser feliz. No puedo imaginarme a las personas que no tiene a nadie por quien seguir viviendo.

Creo que con el tiempo, a medida que he desarrollado una perspectiva diferente sobre la muerte de José, aunque la tristeza profunda y el dolor siempre están, su intensidad y duración se han mitigado un poco. O posiblemente ha aumentado mi capacidad para tolerar el dolor. No estuve

presente cuando José murió; sin embargo, las imágenes revolotean en mi mente y muchas veces en la noche me despierto porque en mi sueño me veo caer hacia el vacío. Algunas veces José me mira, sonrío y me dice: «Mira Nabi puedo volar».

Los recuerdos de José son una mezcla de dolor y ternura. Pasó mucho tiempo antes de que lograra hilvanar recuerdos de sucesos completos. Quizás es por ello que se presentan como relámpagos de luz. Aparecen y son tan intensos que me dejan sin fuerza, envuelta en una tristeza muy profunda. Otras veces logro sonreír cuando pienso en algún episodio divertido en su vida.

Pequeños eventos pueden despertar mi dolor con una fuerza arrolladora. Si veo una foto que nunca había visto, oigo una canción de su grupo preferido, me encuentro con alguno de sus amigos o escucho su voz grabada, siento inmediatamente un dolor tan agudo como el que sentí el día de su muerte. Esos son mis peores días. No lucho. Dejo que el dolor me envuelva, porque sólo reconociéndolo acepto que estoy viva.

No ha sido fácil seguir siendo una familia. Pasó mucho tiempo antes de que pudiéramos sentarnos los cinco a comer. Ver la silla vacía que una vez José ocupó era demasiado doloroso. No fue fácil salir los cinco de paseo al sitio donde antes íbamos los seis. Cada actividad que realizamos es incompleta. Siempre está la pregunta ¿cómo hubiera sido si José estuviera aquí?

Huyo de las celebraciones familiares. Cuando están todos los miembros de mi familia reunidos, la ausencia de José se me hace mucho más intolerable. Ver a mis primos creciendo, estudiando, viviendo felices sus años de juventud, verlos convertirse en jóvenes adultos, es un puñal que se clava en mi pecho.

Una de las cosas que he aprendido es a ser más comprensiva y sensible al dolor de otras personas. Si veo a alguien mal encarado que me trata con rudeza, enseguida pienso que quizás esa persona también sufre como yo por la muerte de algún ser querido. Sé que hay muchas personas que han pasado por experiencias iguales o más devastadoras que la mía. Mi sufrimiento es pequeño comparado con ese inmenso universo de dolor.

Poco a poco, he ido reconciliándome y reconectándome con la vida. Poco a poco he vuelto a reír, a trabajar, a relacionarme con algunas personas. He dejado de relacionarme con otras. Representan la diferencia entre «Antes y después»... y eso duele. He aprendido a protegerme de situaciones o de personas que me hacen daño, que me alteran, que consumen mi energía. Poco a poco, he ido construyendo una nueva vida añadiendo nuevos elementos, probando ciertas actividades para saber con cuáles me siento cómoda. Es un proceso de ensayo y error. De disciplina más que de motivación. Busco una misión para mi vida. Creo que es importante tener un objetivo, algo por lo que valga la pena levantarse en la mañana. Sé que ese algo necesita estar relacionado con José. Él me guía en esta búsqueda. Necesito aprender a aquietar mi mente para poder escuchar su voz. Es sólo una cuestión de tiempo. Tengo paciencia. Sé esperar.

Mi relación con José ya no es física. Es espiritual. Pienso y siento que mientras yo más crezca espiritualmente más cerca estaré de él. Me gusta pensar que José y yo seguimos creciendo, cada uno en su realidad, cada uno a su manera y que mi relación con él va evolucionando, alcanzando tonalidades diferentes y mucho más profundas.

Hago una pausa. El sol ha vuelto a salir. Me asomo a la ventana y observo sus alrededores. Decido tomar un libro, poner música y sentarme

un rato en la sala. Hoy en día puedo sentir satisfacción haciendo estas cosas sencillas. José está presente en todos estos pequeños actos de mi vida cotidiana. Veo a José en las pinceladas de acuarela de un atardecer, en los ojos grandes y profundos de los niños, en el viento que mueve con fuerza las copas de los árboles. Nos comunicamos sin palabras. Estamos unidos por hilos invisibles e indestructibles.

Una vez triste le pregunté a mi mamá: «Mamá... ¿Y José dónde está?» Ella me miró a los ojos y contestó dulcemente «Está en tu corazón, en tus pupilas, en tu cuerpo, en tu alma»





## EL VIOLINISTA

---

*Ileana Araceli Juárez Bravo*

«Miroux»

Cualquiera que lo hubiera visto por primera vez, pensaría que «feliz» era uno de los adjetivos que menos describían la vida de ese hombre, ya que el ambiente triste, sórdido y gris en el que vivía sólo podía corresponder a una persona destrozada por la miseria y la desesperación.

El violinista era un hombre de edad avanzada, su rostro estaba cubierto de arrugas pintadas de suciedad al igual que los harapos que usaba por ropa y su mirada había perdido todo brillo. Sin embargo, aquello no parecía ser impedimento para que todos los días se dedicara a tocar el violín con una sonrisa de oreja a oreja en un callejón de mala muerte.

Su vida entera se resumía en un viejo violín que poseía desde hace muchísimos años; estaba sucio, despintado, roto, con algunas cuerdas destrozadas y completamente desafinado; aquel objeto parecía estar a punto de destrozarse apenas el hombre se lo llevaba a las manos, pero no ocurría así: el violín resistía día a día permitiéndole seguir tocando las melodías

que a él le parecían las más dulces y hermosas aunque todo el que pasara se viera obligado a taparse los oídos por los chillidos irritantes de aquel pedazo de basura.

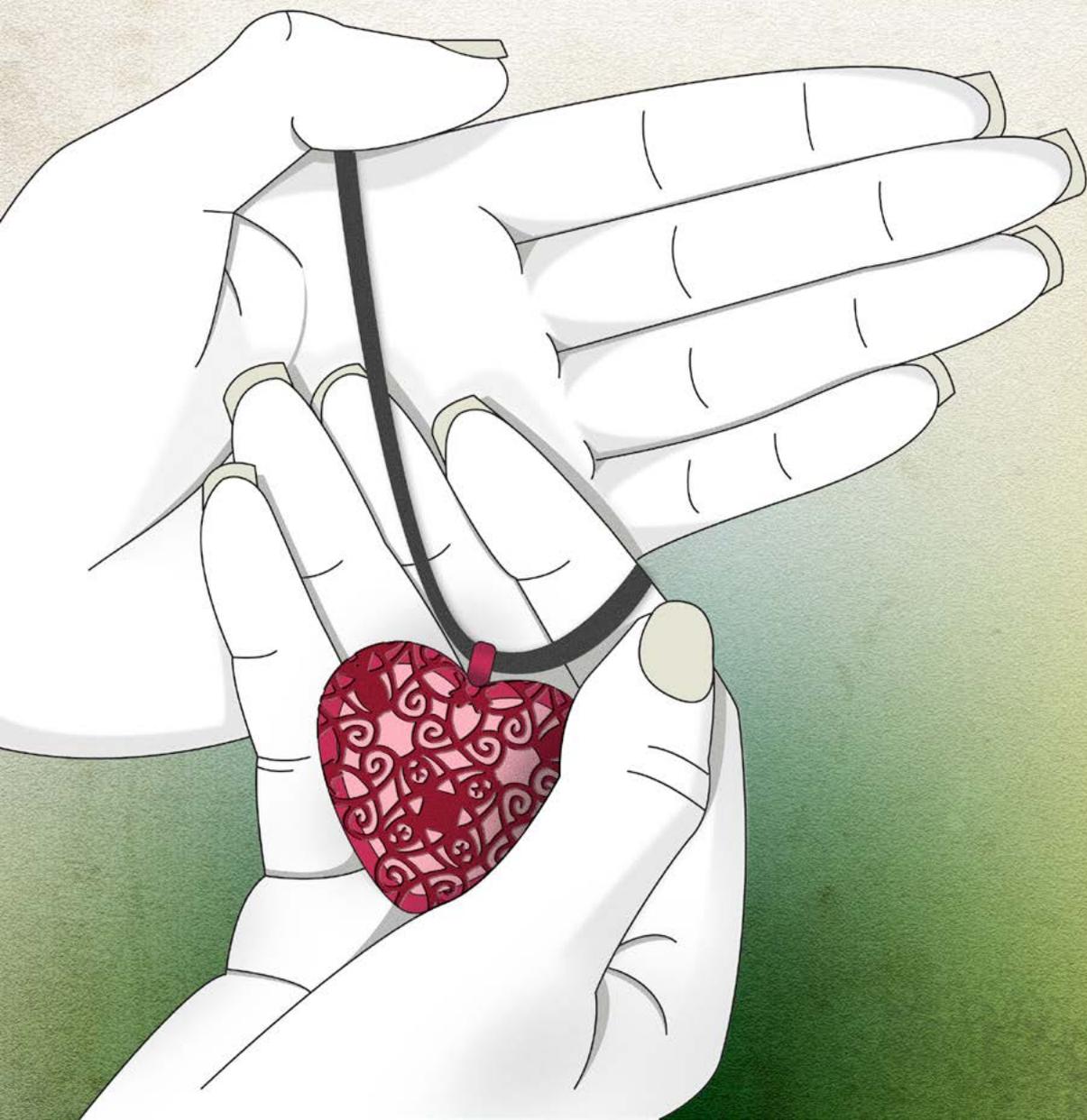
Desde el amanecer hasta que comenzaba a caer la noche el violinista se paraba justo enfrente de su hogar —el cual consistía en un sillón viejo y sucio que había recuperado de algún basurero años atrás—, y comenzaba a tocar y bailar rítmicamente sonriéndole a todos los que pasaban frente a él; aunque esas personas siempre estaban demasiado ocupadas como para devolverle la sonrisa y todavía más para apiadarse un poco del esfuerzo que aquel hombre hacía. ¿Acaso no se daban cuenta de que a diario el violinista entregaba la vida para sobrevivir? Lo daba todo: cada gota de sudor, cada paso, cada sonrisa; eran intentos fallidos para conseguir una moneda, mantener la esperanza de que quizá al día siguiente tendría algo que llevarse a la boca y pensar que el día de mañana seguiría allí para tocar su violín.

Sin embargo, en el fondo él sabía bien algo que se negaba a creer: los seres humanos son egoístas por naturaleza. Pese a las burlas y humillaciones de sus compañeros de la calle, él a diario amanecía con la esperanza de que encontraría a una persona diferente; a alguien que se apiadara de él y de su violín viejo, a esa alma bondadosa que sabría apreciar su música que, si bien no era lo que todos los críticos y artistas llaman hermoso, estaba hecha con pedazos de su alma y los fragmentos que quedaban de su corazón, era justamente por eso que valía más que cualquier obra maestra de algún músico reconocido. La música de cada amanecer si bien era su vida, también consistía en lo poco que aún tenía para aferrarse: la esperanza.

Porque él realmente ni por un segundo dejó de pensar en que encontraría a alguien que no viviera encerrado en su mundo, alguien que conociera la

PIEDAD y el AMOR, sabía que en algún lugar esa persona existía y era justo a ese ser a quien dedicaba todas las piezas que a diario desgarraba y reinventaba con su viejo violín.

A estas horas el violinista ya ha dejado de tocar, el violín está guardado en una vieja caja de cartón y él está recostado en su sillón intentando cubrirse con algunos harapos y pedazos de periódico que ha encontrado en la basura; el frío le cala los huesos y siente que no resistirá mucho tiempo. Sólo le pide a su cuerpo cansado y enfermo que aguante un poco más, al menos hasta el día de mañana, pues no puede irse sin conocer a esa persona que le demostrará que tocar el violín durante toda su vida realmente valió la pena.



## INOCENCIA CORRUPTA

---

*Mariana Karim Ruiz Estrada*

«Actroid»

La noche ha caído súbitamente, la farola que alumbraba la calle titila débilmente y dibuja una mancha marrón de bordes irregulares sobre las cortinas. Una leve brisa las agita, se ha colado por la hendidura que separa los vidrios del marco de acero. Era un recinto completamente oscuro, cubierto de sombras y recuerdos que se alimentaban de sus suspiros.

Ella estaba sentada en un rincón de aquella oscuridad, hundiendo su rostro entre la cobija que había arrastrado desde ese podrido camastro. La habitación parecía cerrarse sobre ella: las pequeñísimas y asfixiantes dimensiones la hacían sentirse como en una jaula. No sabía qué día era, había perdido la noción del tiempo desde hacía mucho. Se estremecía, aferrándose a su manta, con los ojos bañados en lágrimas silenciosas.

A lo lejos, amortiguado únicamente por las paredes, llegaba el alboroto de una gran fiesta; con música vulgar, risas estridentes y el chocar de botellas de cristal. Todo parecía ausente al sufrimiento de aquella pequeña criatura.

No estaba segura de cuánto había pasado ya desde aquel viaje. Unas vacaciones como cualquier otra, su padre los llamaba desde la diminuta sala de estar, con las maletas esperando frente a la puerta. Sus hermanos se peleaban por el juego portátil mientras ella ayudaba a su madre a preparar los sándwiches que comerían en el viaje. Habían ahorrado durante todo un año para darse ese pequeño lujo, un momento para alejarse de todo el ajetreo de la ciudad. Recordaba a papá gritando y a mamá intentando hacer que sus hermanos dejaran de pelear, y cuando por fin todos estaban listos, habían tomado sus maletas y habían salido en dirección a la estación de autobuses.

Un grito ahogado la trajo de vuelta a la realidad, parecía provenir de la habitación contigua, el grito vino seguido de un golpe seco, y ella se aferró a sí misma, abrazando sus rodillas: era la rutina diaria, muchos pensarían que debería estar acostumbrada, pero la realidad era muy diferente.

Vivía temiendo que esa puerta se abriera, sea quien fuera el «visitante» no podía ser nada bueno. Si acaso tenía suerte era la señora de la casa en turno, o su ayudante, que iban para asearla y remendarle la ropa si hacía falta. En otros casos le llevaban un trozo de pan duro y un vasito de agua mugrosa. También sabía que cuando la aseaban era probable que llegara un nuevo comprador, y le asustaba, tal vez casi tanto como cuando un hombre ebrio atravesaba la puerta.

El ruido parecía disminuir entrada la noche, los gritos y golpes también habían cesado. Tal vez por esa noche podría sentirse tranquila. Se dirigió gateando a su camastro y se echó, cubriéndose la cara con la manta y encojiéndose sobre sí. Llevó a sus labios el pequeño relicario que colgaba sobre su cuello, lo único que le habían permitido conservar, y lo besó.

Al salir de casa, se percató de que el cielo apenas comenzaba a clarear, debían ser las 6 de la mañana, el metro sería un caos como siempre a esa misma hora, aunque la verdad era que en la Ciudad de México el metro siempre era un caos. Como les fue posible subieron a un taxi que los llevó hasta la estación más cercana: Guelatao. Sería un recorrido difícil hasta Tasqueña, pero eso no les importaba, tan sólo pensaban en llegar a su destino. Papá la tomó de la mano y mamá iba detrás de sus hermanos: no podían separarse o corrían el peligro de retrasarse y perder el camión. La línea A y su habitual marcha (más lenta al resto de las líneas) los llevó hasta Pantitlán, dónde la gente se conglomeraba en las escaleras y en los andenes a la espera del siguiente metro. Su familia se veía feliz, y aunque la mayoría de la gente les dedicaba una mirada hostil al verlos con tantas maletas ellos continuaban con ese buen ánimo. Por fin vacaciones. No importaba nada más.

Un tacto brusco la sacó de su sueño, y aunque se resistía a despertar, las sacudidas ya no podían seguir siendo ignoradas. La noche aún era joven, por lo cual le sorprendió que quien la despertara fuera la señora de la casa. Murmuraba palabras en voz baja, palabras que ella no podía comprender. Le tiró un vestido raído y la apremiaba con las manos y un gesto que ella interpretó como sorpresa, disgusto y temor. No discutió, no era una opción. Si quería seguir con vida no le restaba más que obedecer. Al terminar de vestirse la señora tiró de ella y la sacó al pasillo. Las sombras las devoraron en cuanto la puerta del dormitorio se cerró. Bajaron las escalerillas mugrosas, y el olor a tabaco corriente se incrustó en su nariz y la hizo toser. La señora, de cabello violáceo, la empujó junto a un grupo de cinco niñas. Todas con la misma angustia marcada en sus rostros. El mismo ritual de siempre: los rostros frente a ellas ya no importaban, ni los rostros de las demás a su lado...

¿Dónde estará tu madre? ¿Cómo se encontrará tu padre? ¿Y tus hermanos? ¿Cómo seguirá la vida en casa? No quieres imaginar a madre destrozada tirada en el sillón llorando, ni a padre dando vueltas con un humor insoporrible, o a tus hermanos encerrados en silencio en la habitación contigua a la tuya, atemorizados de hacer un solo ruido y despertar la ira de papá. Tal vez habrán llamado a la policía, a pesar de que papá siempre decía que eran unos «cerdos incompetentes» y de que madre lanzara blasfemias mientras veían el noticiero a la hora de la comida. ¿Alguien estará buscándote? Te lo preguntas todos los días, añorando que, como en los programas policíacos que veía tu hermano mayor, llegue un escuadrón armado a tu rescate.

Pero ya estás muy lejos de casa, has viajado largos tramos de carretera, atravesado ríos (o mares enteros), has caminado durante días enteros por pasajes desérticos, has escuchado más idiomas de los que creías que existían y visto a gente de esa que solo veías ocasionalmente en películas extranjeras.

Una mano se aprisiona a su muñeca y abre los ojos asustada, solo para percatarse de que quien la sostiene es la niña que estaba a su lado, una niña tal vez uno o dos años menor a ella. Descubrió en sus ojos el mismo horror que había sentido la primera vez que había atravesado por esa rutina y en un intento de consolarla toma su mano y le sonríe tranquilizadamente...

—¡Hemos llegado familia!— gritaba padre bajando del camión y ayudando a su mujer y a su hija con las maletas.

Sus hermanos habían corrido a la entrada del hotel, apresurando a los demás. El viaje había sido relajante. Les urgía sentir la arena entre los pies y el sol acariciando su piel, por ello, en cuanto habían entrado a la habitación

desperdigaron las maletas y la ropa que en ellas había en busca de los trajes de baño. Treinta minutos les había demorado prepararse. Para cuando salieron nuevamente del hotel el sol estaba en lo más alto del cielo.

El lloriqueo de una niña la sobresaltó. Uno de los hombres se había acercado a la mayor de las niñas que se encontraban ahí y con señas indicó a sus compañeros que la sacaran de la sala. Pero no era ella quien lloraba. Era una niña más pequeña, a la que no había visto, tendría tal vez cuatro o cinco años. Intentaba en vano alejarse de las fervientes manos que ansiaban recorrer cada rincón de esa piel pura, morena e inocente. Todas miraban en un silencio cargado de impotencia. ¿Qué podían hacer ellas en contra de hombres tan grandes y sucios?

La anciana las mandó una a una a su cuarto, cuando los hombres habían logrado hacer callar a la niña. Habían hablado unas palabras entre ellos, asintiendo a la señora, como en un pacto silencioso. Un sobre mugroso fue lo que ella recibió en pago por ellas.

Ya en el pasillo se separó de la niña que se había prendado a su mano y entró en el cuarto que temporalmente, le pertenecía. Se tiró, ya sin fuerzas sobre la cobija y la ropa que se había cambiado. Suspiró, y una vez más, se dejó al cansancio de su cuerpo, a la debilidad de su espíritu... su mente la abandonó en cada lágrima que escapaba de sus ojos, surcando marcas en sus mejillas.

—No pasa nada mi niña, para eso es el flotador— Explicaba madre sonriendo. Ella tiene una sonrisa hermosa que hace olvidar que todo está mal. Tus hermanos jugaban a la orilla del mar mientras padre acomodaba una toalla sobre la arena y tomaba una cerveza fría de la hielera.

Todo pasó tan rápido. Estaba no muy lejos de sus hermanos, chapoteando en el agua, madre había ido por la pelota que se había alejado un poco de donde se encontraban y padre seguía tomando su cerveza a la sombra de la sombrilla. Unos tipos pasaron en una moto acuática muy cerca de ella haciéndola perder el equilibrio. Intentó alejarse de ahí, pero antes de que lo lograra unos brazos la sujetaron por la cintura y cubrieron su boca con un trapo empapado con un olor peculiar.

No volvió a ver la playa, o la sonrisa de su madre, la barriga de su padre ni a sus hermanos peleando por el juego portátil. No volvió a ver la estación de autobuses ni a viajar en la línea A de camino a su casa. Todo lo que verían sus ojos a partir de aquel día serían las paredes de recintos destartados, con luces débiles y olor embriagante.

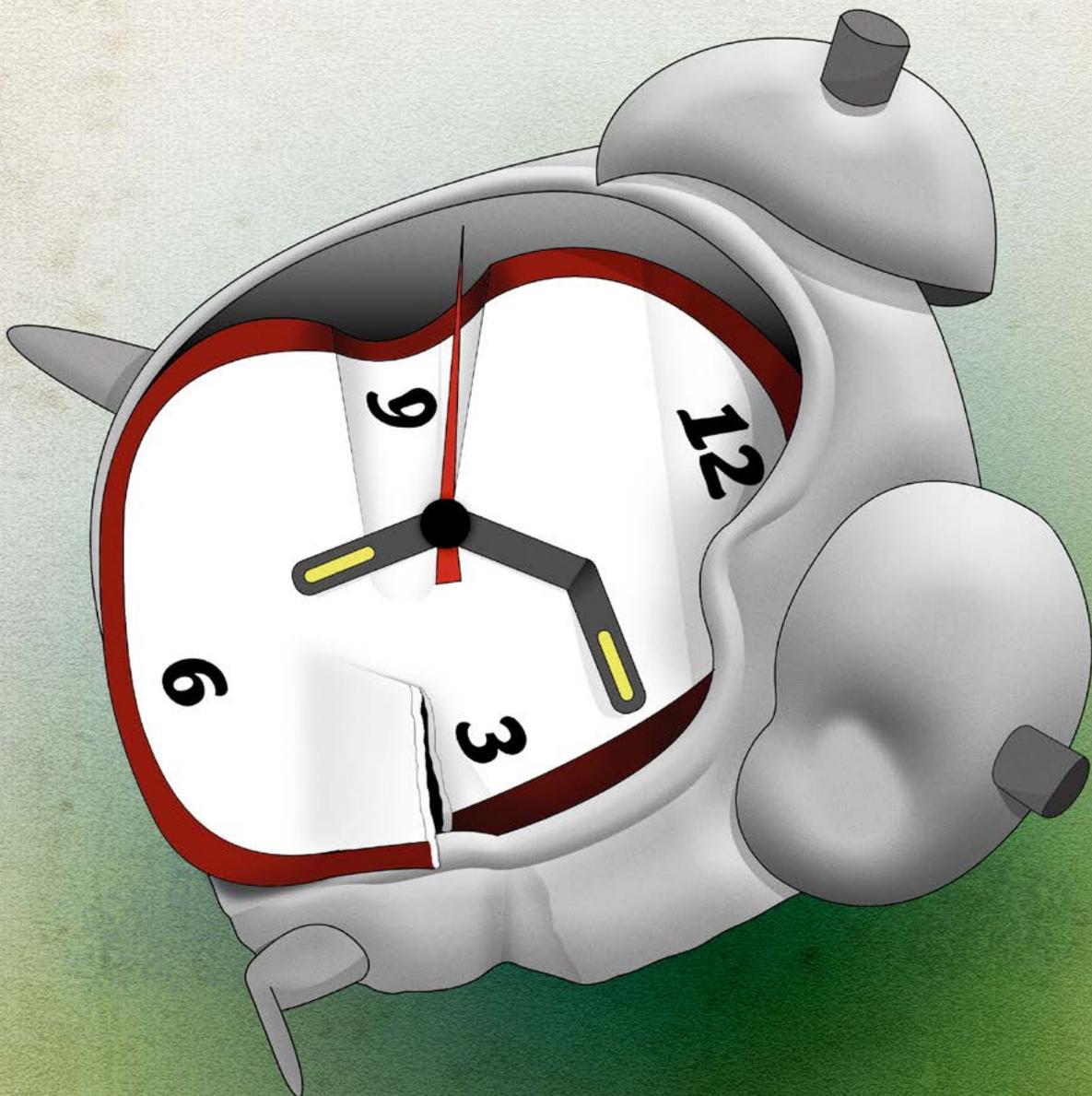
Una vez más el sol sale y se cuele por los tragaluces de la habitación. Te despejas y alargas la mano para cubrirte con la sabana sucia que usas como abrigo. A tu lado, yace el cuerpo de ese hombre que durante la noche saciara su apetito en tu cuerpo. Te has deshumanizado tanto, que ya ni el más acertado roce logra estremecerte. Te levantas y recoges del suelo tu ropa. Dejas caer la sabana sucia y tu piel se estremece ante la leve brisa que se cuele por la puerta. Tu cuerpo ha cambiado, no eres más esa pobre niña de siete años que fue arrebatada de su hogar. Eres una mujer, aunque prisionera, un objeto de intercambio, una esclava, nada más que una mujerzuela.

Y ese relicario que le regalaran en su sexto cumpleaños, con una foto familiar en su interior, colgaba aún en su cuello, como único testigo de lo que fuera su inocencia. Como único símbolo de la esperanza que residía en un rincón empolvado de su corazón.

Saliste de la habitación con ese aire de cruda indiferencia: «Ele ainda está dormindo, tirá-lo daqui» recitaste a la muchacha recién llegada que esperaba afuera de tu habitación. ¿Qué habrá sido de la niña que una noche se refugió en el tacto de tu mano? Esperabas con todas tus fuerzas que alguien la hubiera rescatado, que alguien se hubiera apiadado de su frágil alma...

¿Habrán dejado de buscarte tus padres? ¿Qué sería de madre y padre? ¿Habrán tus hermanos terminado una carrera?

Hace casi diez años que no los ves...



## SOLEDAD

*Diego García Silva*

«El Cachivaches»

Abro mis ojos lentamente y una cegadora luz me deslumbra. Me toma varios segundos darme cuenta de lo que está pasando, después de todo hacía solo fracciones de segundos que estaba en un mundo totalmente distinto; un mundo mejor.

Me tallo los ojos y veo que mi despertador está perdido, así que comienzo a buscarlo en el espacio prácticamente inhabitable al que muy irónicamente llamo habitación, lo encuentro finalmente en una esquina con el cristal hecho añicos y la manecilla mayor torcida en una posición que probablemente nunca había figurado entre sus planes hasta esta mañana.

Ciertamente nunca me he llevado muy bien con las alarmas- pienso mientras bostezo y me estiro. Mi estómago ruge y me doy cuenta de que estoy muy hambriento, algo que no me sorprende, pues esa ha sido la norma en las últimas dos semanas. De alguna manera llego hasta la cocina en medio de mi estupor matutino y abro la alacena que se encuentra sobre

de mí sin mucho ánimo, pues ya sé lo que encontraré dentro. Abro una lata de atún y un paquete de galletas y procedo a comerlo todo, procurando no dejar ni un rastro de comida; podrá ser insípida pero en realidad no estoy en posición de ser selectivo.

Ya un poco más despierto trato de recordar si había algo especial acerca de hoy, pues mi cerebro ciertamente siente que es así, y me enfrento a un ligero problema: no tengo idea de que día es hoy. Alzo la vista hacia el reloj que se encuentra a mi derecha, y mi duda se aclara: son las 11:56 a.m. del 29 de junio del año 2026.

La fecha no suena ninguna campana en mi mente, así que dejo el asunto por la paz y procedo a guardar la lata del atún en una bolsa de plástico y tiro el empaque de las galletas en la bolsa de desechos. En realidad cualquier cosa remotamente usable es digna de ser guardada en estas épocas, así que ese término es cada vez más escaso: botellas de cristal, neumáticos, tablo- nes de madera, sillas plásticas, clavos, herramientas, recipientes, baterías, juguetes y hasta una gran cabeza de alce (esta última por mero capricho mío) decoran mi cocina, pero yo nunca he sido el tipo de persona que se preocupe por el orden, así que esto nunca me ha molestado en realidad.

Sigo mi camino entre toda la chatarra hacia el estudio, un poco molesto por haber desperdiciado aproximadamente cinco horas de luz, pero agrade- cido a la vez de que pudiera disfrutar de unas cuantas horas de sueño, porque últimamente ha sido cada vez más difícil. Entro al estudio y me tomo unos segundos para disfrutar de la gloriosa vista de miles de libros apilados sobre estantes, esperando pacientemente a ser leídos, indiferentes acerca de la gruesa capa de polvo que cubre a la gran mayoría. Recorro las cortinas y la luz del sol entra felizmente al estudio; cuando menos esa luz que se logra

filtrar entre los gruesos tablones que cubren las ventanas. Es la cantidad de luz perfecta, así que me doy el gusto de una pequeña sonrisa de satisfacción mientras dirijo mi mirada a la puerta que se encuentra al fondo de la amplia habitación y la observo tan grande, amenazante y ominosa como siempre.

Giro la perilla y esta me responde con un estridente chillido y antes de atravesar el umbral tomo un pequeño libro rojo de la mesita al lado mío, exactamente en el mismo lugar donde lo había dejado el día anterior.

La escena habitual me recibe como es costumbre ya: enormes esqueletos de rascacielos se elevan entre edificios despintados y cubiertos de enredade- ras, en medio de calles cuarteadas con gigantescos árboles que salen de luga- res donde claramente no deberían de haber estado jamás, aves revoloteando en los ahora solamente decorativos postes de iluminación y hasta un pequeño grupo de ciervos pastando en lo que antes era un gran estacionamiento.

Es una escena que en cualquier otra época del mundo moderno hubiera causado incredulidad, pero es muy real. Demasiado real para mi gusto de cualquier forma, y como no hay nada que yo pueda o haya podido hacer al respecto simplemente me encojo de hombros y digiero la escena por unos minutos, como hago todas las mañanas (o en este caso tardes ya).

Pasado este momento de nostalgia volteo a mi izquierda y me recon- forto al ver que todo sigue igual que el día anterior.

La pequeña hortaliza que tengo frente de mí luce triste y desganada desde hace días ya, y es que por alguna razón no ha llovido en semanas. Me preocupo bastante, pues realmente es la única forma confiable que tengo de conseguir comestibles. El buscar alimento en los edificios aledaños se ha vuelto realmente complicado y más veces de las que quisiera regreso a casa sin nada salvo más hambre que con la que me fui y en realidad yo nunca he

sido bueno para la cacería. Me doy cuenta que la hora de regado pasó hace rato ya, así que tomo una pequeña regadera verde y al agitarla veo que tiene menos agua de la que yo anticipé: nada, para ser exacto. Miro al cielo y el alma se me cae a los pies cuando veo que es un día completamente perfecto y despejado. Desesperado, en mi interior envío una plegaria a Dios para que mande una pequeña nube de lluvia, cuando menos sobre este edificio.

...

Dios

...

Súbitamente una sensación de ira sube por mi espina dorsal y mi cara comienza a sentirse caliente.

¿Dios?

¿Qué clase de Dios permitiría que esto hubiera pasado en primer lugar?  
 ¿Qué clase de Dios apartaría de mi todo lo que alguna vez me importó para seguramente no volverlo a ver jamás? ¿Qué clase de Dios, además de todo esto, me dejaría en este mundo solo, sin nadie con quien hablar, reír, desahogarme o pedir ayuda de vez en cuando? Si algo es seguro es que no es la clase de Dios a la cual le importaría si muero deshidratado o no.

En mi ataque de impotencia arrojo la pequeña regadera verde sobre el borde del barandal, algo de lo que muy seguramente me arrepentiré después, caigo de rodillas y golpeo el piso con mi puño repetidamente, sin importarme en lo absoluto el dolor que siento.

Después de lo que parecieron horas logro recomponerme y me levanto, enjugando lágrimas de mis ojos y pensando en lo estúpido que fui al arrojar la regadera a la calle. Decido que debo de ir por ella, pero en realidad no tengo ganas de salir el día de hoy, y no es como si alguien se la fuera a robar de todos modos, así que me conformo con sentarme en una silla de playa colocada debajo de una sombrilla, mi propio paraíso en este deshabitado lugar, y comienzo a leer el libro rojo que tomé antes de salir a la terraza.

Durante horas me pierdo en un extraño mundo de ciencia ficción, donde los perros hablan, los magos existen y hay diminutos seres azules viviendo en diminutas ciudades en las partes más profundas de los bosques; un mundo maravilloso, pienso yo. Mucho mejor que este, por lo menos.

Terminada la lectura llego a la conclusión de que la única razón por la cual no he perdido la cordura todavía es la gigantesca biblioteca que se encuentra detrás de la puerta de madera a mis espaldas, así que musito un «gracias» al aire, como si esperara que el legítimo dueño de ese departamento me escuchase.

Doy un rápido vistazo a mi alrededor, me despido de la pequeña hortaliza y a regañadientes entro al estudio, al mundo real.

Dentro del departamento apenas se tiene visibilidad, pues el sol está a punto de ponerse, así que camino con cuidado hacia la cocina, tomo una manzana del ahora vacío frutero en medio de la mesa y me siento a comer en silencio. Terminada la manzana tiro el ahora oxidado corazón al piso, pues estoy demasiado cansado para que me importe, me levanto, abro la otra alacena y saco una botella a medio acabar de whisky.

El tiempo pasa en silencio, este último interrumpido solamente a ratos por el sonido de líquido moviéndose y el de profundos y largos tragos,

hasta que finalmente el líquido ya no es más y su sonido es ahora reemplazado por el de ahogados sollozos y el de un rítmico goteo.

Finalmente, reúno la suficiente fuerza de voluntad para levantarme y arrastro mis pies hasta mi cuarto. Topo con mi cama y simplemente me desplomo sobre de ella, sin poder dormir todavía. Pierdo la noción del tiempo, mientras recuerdos borrosos pasan enfrente de mí, intangibles, pero igualmente dolorosos.

Al final, cuando por fin mi mente cree que tuvo demasiado y comienzo a perder la poca consciencia que todavía tenía creo ver un relámpago alumbrar mi cuarto y mi tesis queda confirmada pocos segundos después, al escuchar el estruendo de este resonar por todo el edificio.

«Tal vez mañana no sea tan malo» pienso, mientras mi mente se apresura a adentrarse en el profundo abismo que se cierne debajo de mí. Mi verdadero y único escape.

## PARTICIPANTES DEL CONCURSO

---

<i>Damas</i>	Guadalupe Elisa Cihuaxy Acosta Samperio «Cihuaxy»
<i>El miedo de un loco</i>	José Gibrán Alcántara González «Señor Langdom»
<i>Un ángel entre nosotros</i>	Alexis Aldana Merlín «De Mèrlin-VI»
<i>Muerte anónima</i>	Gerardo Alonso Quiñones «Gerii»
<i>El mundo de mi abuelo</i>	Jean Carlo Andrade Ramírez «Jabem kaqlid»
<i>Al final de los sueños</i>	Omar Daniel Arellano García «Damián S.»
<i>Desde la esquina de Azueta y Melchor Ocampo</i>	Javier Orlando Avilés Sayas «Mil setecientos ochenta y nueve»
<i>Hola hermano</i>	Ricardo Alejandro Barragán Cátedra «Singum»
<i>La montaña de la verdad</i>	Mario Basurto Amezcua «El Príncipe Midas del Amor»
<i>Mujer amante</i>	Eduardo Becerril Guzmán «Linux»
<i>Olga</i>	Jaime Cámara Corona «Jame Tan Tan»
<i>No es un cuento</i>	Raúl Camarillo Vega «Rulardillo»
<i>Llegando al éxito</i>	Margarito Camilo Santiago «Mensajero»
<i>Rey acolhua</i>	Mario Ricardo Castañeda Camacho «Bakura Rasputín»
<i>Pueblo gris</i>	Jorge Abdel Castañeda San Juan «Speed Master»
<i>No olvides ser feliz</i>	Mayra Pamela Contreras González «Ceres Soile»
<i>El manto de los sueños</i>	Clemente Copca Toledo «Zombie Silversmith»

<i>El nacimiento de un ángel custodio</i>	Luis Enrique Cruz Rodríguez «Luiso»
<i>Amor de una noche</i>	Marco Antonio Cruz Cedillo «Mareck»
<i>Manifestaciones</i>	Santiago Dávila Santiago «Basura»
<i>Juntos, quizá</i>	James Tomas Davison Hernández «Qarax, Julian»
<i>Gran combatiente</i>	Gerardo de la Cruz Ortiz «Dela»
<i>El espejo</i>	Dayra Escobar Barrera «DEB 'y»
<i>Mirador</i>	Carlos Alfonso Escorza Iglesias «Emilio Elizondo»
<i>¿Armamos la vaquita?</i>	Gerardo Esteban Chaparro «Corazón»
<i>El gato enamorado de la luna</i>	Ady Gabriela Estrada Ramos «Javed Iqbal Mansur»
<i>El lugar del fantasma</i>	Brianda Anaís Estrada Omaña «Brizz»
<i>Cine Bergman</i>	Víctor Fabián Hernández «Klaha Technicolor»
<i>El pastor del mundo</i>	Ratúl Fariás Moreno «Jesús Abraham»
<i>Gotas de lluvia</i>	David Flores Hernández «Señor perverso»
<i>El planeta XIX</i>	Terán Alenadra Flores González «La musa china»
<i>Lágrimas de dragón</i>	Fredy Flores Nahuacatl «Frederick Ferdinand, 'Lugh'»
<i>Nada que decir</i>	Juan Antonio Fonseca Méndez «Logos»
<i>Ella capuchino y el café americano</i>	Carmen Sharai Franco Ortega «Acatl H.»
<i>Ese reloj que es el amor</i>	Jonathan Alejandro Franco Ortega «Oliveira Santomé»
<i>Al otro lado del río</i>	Alejandro Fumero Rodríguez «Sixto A. Rodríguez»
<i>El ferrocarril</i>	Juan Carlos Galeana Tungui «Tungüi»
<i>Conversaciones de un estudiante</i>	Luis Fernando García López «Nando 16»
<i>Delirium tremens</i>	Julio César García Feregrino «Obatalá Babá»
<i>Réquiem perpetuo</i>	Joshua Emmanuel García Méndez «Emmanuel Zunz»
<i>Soledad</i>	Diego García Silva «Cachivaches»
<i>Agua, sol y peso</i>	Iván Eduardo García Reyes «Pumax»
<i>El retrato</i>	Julio Yamir García Ordaz «Jazz»
<i>Animadversión</i>	Luis Enrique García Rosales «O 'Riley Saavedra»
<i>Será</i>	Luis Gerardo Garza Barrera «León Tará»
<i>Convulsión de sueños</i>	Salvador Gómez Moya «Rino 1086»
<i>Jack Rack</i>	María Leticia González Morales «L Clouding»

<i>Un futuro ingeniero</i>	Diego González Cano «Diego Go»
<i>Mi mejor amiga</i>	Juan González Ruano «Faero»
<i>Los ojos del dragón</i>	Guillermo Daniel Guadarrama Vargas «The Raven»
<i>El ascenso</i>	Israel Guerrero Gutiérrez «ML.A.C.»
<i>Y en el brillo nace la esperanza</i>	Lorena Gutiérrez Olvera «Zorenlorenzón»
<i>La última estación</i>	Ascensión Horacio Gutiérrez Osorio «Horaxcious»
<i>El mendigo que no podía cambiar</i>	Ana Laura Gutiérrez Miranda «Kori»
<i>Todos menos uno</i>	Marco Antonio Gutiérrez García «Ryukmarck»
<i>En el pueblo de los alebrijes tristes</i>	Alan Hernández López «Ollivanders»
<i>La hora del postre</i>	Dante Hernández Ruiz «Dantelópolis»
<i>Billy (El coleccionista)</i>	Miguel Ángel Tadeo Jaramillo Fernández «Zalgo»
<i>Carta a mi hermano que se muda al D.F.</i>	Gabriela Jasso López «Camila Páez»
<i>Sed</i>	Francisco Xavier Jimaréz Rodríguez «Genesis»
<i>La isla de los siempre solos</i>	Franck Jhonatan Jiménez Sandoval «DeRHuoM»
<i>Doña Patricia Escudero Banderas</i>	Jorge Huescani Jiménez Bernal «Chapotli»
<i>Testimonio</i>	Gabriel Juárez Hernández «Kinxs»
<i>El violinista</i>	Ileana Araceli Juárez Bravo «Miroux»
<i>La sonrisa de Susana</i>	Haxel Lázgare Rendón «Halazren»
<i>Y realidades irreales</i>	Rodrigo Lerma González «R. Joyce»
<i>La copa</i>	César Alfredo Limón Pelcastre «Trial»
<i>Cuando nos cubra la noche</i>	Gabriel Caleb Linares García «Neolupus»
<i>La esencia del Ser</i>	Alan Martín Luna Olvera «Kuroneko»
<i>Lo que pudo ser</i>	Alfredo Luna Contreras «Trovador»
<i>In-habitado</i>	Esteban Abdiel Marcillez Hernández «Che Guevara»
<i>El secreto de Don Chava</i>	Miriam Martínez Saldivar «Esperanza Viva»
<i>El heredero del cielo</i>	René Martínez Arellano «Tinta loca»
<i>Al rojo vivo</i>	Abner Maya Vergara «El Quetzal azul»
<i>But they don 't exist how can a man see them</i>	Erick Alejandro Medina Sánchez «Mesaer»
<i>Zoi a Barcelona</i>	Diego Antonio Merla López «Dago Limere»
<i>(Re)viviendo</i>	José Eduardo Miranda Barbachano «Bus»

<i>Silencio</i>	Estibaliz Gabriela Molina Ibarra «Deneve Irene»
<i>Pelagos</i>	Leonardo Monroy Gamba «LMG»
<i>La llave</i>	Edith Montano Velázquez «Edy»
<i>La cafetería de Aracne</i>	Luis Fernando Morales López «L.Feroz»
<i>Faustino Galicia: comandante</i>	Rolando Miguel Morales Cruz «Villademoros»
<i>La soberbia de un hospital</i>	David Trinidad Morales Velázquez «Davu»
<i>Las pesadillas de Sebastián</i>	Aban Alonso Moreno Aguilar «Alomo Galello»
<i>Proyecto 01</i>	Ricardo Moreno Vázquez «Señor R.»
<i>Sin título</i>	Omar Muñoz Villarruel «Maximilian9»
<i>Toobad</i>	Israel Narváez Juárez «Dead-Man Kong»
<i>Cinco estaciones</i>	Javier Navarro García «Jana»
<i>Inevitable</i>	Juan Ramón Noguez Trejo «Note»
<i>¿Virgilio o vigilia?</i>	Carlos Nolla Saltiel «Jabuticaba»
<i>El futuro de nuestras manos</i>	Pablo Leonardo Noriega Hoyos «PLNH»
<i>Las puertas del infierno</i>	Ángel Olalde Márquez «Miss Antropia. Verano del 2012»
<i>Lágrimas buenas</i>	Daniel Ortega Iturbe «Baygorot»
<i>El presente</i>	Nabila Isabel Padilla Reséndiz «Mecatronabi»
<i>Crónicas de una mente aislada</i>	Víctor Hugo Peralta García «Llamaz Peralta»
<i>Mujer de carácter</i>	Rey David Pérez Nieves «Danato Internacional»
<i>Tardes de universidad</i>	Donovan Pérez Ortega «Dumbledore»
<i>Una oportunidad</i>	Josúe Ponce de León Carreño «Josh Requien L.F.»
<i>Cambio de armas</i>	Cristian Alexis Pulido Gómez «Alexis»
<i>El libro de la paz</i>	Marco Francisco Ramírez Rodríguez «Ingeniero Ámbar»
<i>La locura en tiempos de ahora</i>	Ana Laura Ramírez Medina «Lana Mayela»
<i>Bruno y los pequeños monstruos</i>	Daniel Reyes Villar «Dani_caminante»
<i>Despertando de lo profundo</i>	Alfredo Rafael Reza Chami «Chamisan»
<i>Detective privado</i>	Daniel Gibrán Rivas Echeverría «El conejo malo»
<i>Mateo y sus escritos</i>	Alan Sebastián Rivera Rodríguez «Homo Cosmicus»
<i>La prueba</i>	Aldo Robles Ríos «Polo»
<i>Qué dicha es</i>	Fernando Robles Muñoz «Impika»

<i>El cuentacuentos</i>	Maricela Rodríguez Rosa «Mar y cielo»
<i>El despegue</i>	Juan Manuel Romero Bravo «Alma espacial»
<i>Dimensiones</i>	María Fernanda Romero Tenorio «Ferny»
<i>En el parque</i>	Franciso Javier Rosales García «Lobo»
<i>¿Dónde se esconde la verdadera razón?</i>	Raymundo Julián Rosas Villicaña «N. A. Doso»
<i>Inocencia corrupta</i>	Mariana Karim Ruiz Estrada «Actroid»
<i>Tuyo</i>	Amilcar Saavedra Picazo «Viru»
<i>Barba y bigote</i>	Manuel Iván Salmerón Becerra «Heberto Roiz»
<i>Devoción</i>	Ángelo Sandoval Villegas «Yelo»
<i>Carne por perdón</i>	Mario Alberto Sosa Hidalgo «Mariu SBMX»
<i>El monte</i>	Paul Horacio Suárez Valencia «Paul Latente»
<i>El gran sistema</i>	Roberta Elisa Tovar González «Abaddon BMG»
<i>Muriel después de Seymour</i>	Laura Gabriela Trejo Munguía «Lori Glass»
<i>El poder del pueblo</i>	Alfredo Trujillo Fuentes «El observador»
<i>Las aventuras de Chusito</i>	Iris Monserrat Urbina Casas «Atenea»
<i>La hora de mi padre</i>	Cristian Urrutia Zavala «Cristián Urrutia»
<i>¿Me amas?</i>	Verónica Vázquez Rioja «Shehrezada»
<i>Blues del revólver</i>	Orlando Zavala Galindo «Ahualulco»



*Segundo concurso Cuentacuentos* se publicó digitalmente en el repositorio de la Facultad de Ingeniería en mayo de 2022. Su versión original se imprimió en 2013 con un tiraje de 200 ejemplares.

El cuidado de la edición y diseño estuvieron a cargo de la Unidad de Apoyo Editorial de la Facultad de Ingeniería. Las familias tipográficas utilizadas fueron Myriad Pro para títulos y Arno Pro para textos con sus respectivas variantes.





VINCULOS

